

BOLSILIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

el muerto que no existió

burton hare



COLECCION

PUNTO ROJO



BURTON HARE

EL MUERTO QUE NO EXISTIO

Colección **PUNTO ROJO** n.º 522

Publicación semanal

Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTÁ - BUENOS AIRES - CARACAS - MÉXICO

Dépósito legal: B 4.791 - 1972

Printed in Spain - Impreso en España

1ª edición: abril, 1972

© BURTON HARE, 1972
sobre la parte literaria

© ANTONIO BERNAL, 1972
sobre la cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de Editorial Bruguera, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1972

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.118 — Sangre en Venecia.

En Colección PUNTO ROJO:

516 — Muerte dorada.

CAPÍTULO PRIMERO

La noche resultó fastidiosa por muchos conceptos y para muchas personas a un tiempo.

Fastidiosa porque llovía a mares cuando el teléfono sonó en la mesilla de noche junto a la cabecera de la cama en que, después de un tiempo de insomnio, James Lake había logrado conciliar el sueño.

Fastidiosa porque llovía también en Cindy Terrace, el barrio aristocrático, de calles retorcidas y bordeadas de extensos jardines. Y en Cindy Terrace era donde vivían los Montross, y donde el viejo Douglas Montross estaba muriendo, en medio del chispazo de los relámpagos y el estallido de los truenos.

Fastidiosa en Yuma, aunque allí no llovía. El cielo estaba cubierto de nubes que volvían más negra la noche, pero la lluvia no había llegado todavía.

Sobre el penal se cernía la inquietud de la amenazadora tormenta. Podía captarse la electricidad en el aire, en la atmósfera, en los nervios de los guardianes armados que recorrían los estrechos pasillos de los muros, en el nerviosismo que impedía dormir al alcaide Mars, quien no cesaba de repetirse para sus adentros una y otra vez:

—Algo va a suceder..., algo están tramando esos bastardos..., pero ¿qué y cuándo?

Era una mala noche para mucha gente.

James Lake parpadeó al oír el timbrado del teléfono. Barbotó un juramento y tanteó hasta encender la luz de la cabecera.

Descolgó el auricular, mientras escuchaba el estruendo de la lluvia. Gruñó un «hola» y esperó, bostezando.

—¿James, me oyes? —dijo una voz semejante a la música de unas campanillas chinas.

El se irguió.

—¡Seguro que te oigo! ¿Qué te pasa, no puedes dormir o qué?

—Me gustaría que vinieras, querido.

El dio un respingo y un vistazo al reloj, todo a un tiempo.

—Quizá estoy embotado por el sueño —refunfuñó—, pero son las dos y media de la madrugada, a menos que mi reloj se haya vuelto loco.

Oyó un suspiro a través del auricular.

—Lo sé, amor...

El hombre sonrió, notando cómo el sueño huía de sus párpados como barrido por la fuerza de la tormenta que rugía allá fuera.

—Nena, si deseabas pasar la noche conmigo, pudiste decírmelo cuando te acompañé a casa...

—¡Claro que lo deseaba! —estalló la voz—. Pero tú eres un maldito puritano, y te asustaste de las vecinas. Bueno, ¿vas a venir o no?

—Hay algo más en esto, Laurie. Mi atractivo varonil no puede haberte trastornado hasta el extremo de hacerme salir en una condenada noche como ésta.

—Tu atractivo varonil no tiene nada que ver, cariño. En realidad, se trata de Edith.

El parpadeó. Realizó una complicada pirueta mental, tratando de esclarecer aquello, pero fracasó.

—Edith —gruñó—. ¿Se trata de alguna chica que también ha perdido la brújula por mí?

—Es mi nueva vecina. Te hablé de ella.

—¿Y quiere verme a las dos y media de la madrugada?

—Decididamente, no estás muy brillante esta noche. ¿Vas a venir? Voy a preparar café, y compré una botella de «ray», que está aún sin descorchar.

—Todo eso no me tienta —dijo Lake—. Más bien dime cómo vas vestida.

Escuchó una risita.

—Querido, sería más acertado preguntar cómo voy desvestida.

—¡No me digas! Salgo ahora mismo. Y aceptaré tu café, por supuesto.

—No tardes.

Colgó. El estrépito de la lluvia pareció crecer al estrellarse contra las ventanas, impulsada por el viento.

Condenada noche...

Se vistió apresuradamente. En el respaldo de la silla, bajo las ropas, colgaba el arnés con la funda axilar y la pistola automática.

Titubeó un instante. No era justamente lo más idóneo para una cita como aquélla. Luego, obedeciendo a la costumbre, se ciñó el correa y, enfundándose la chaqueta, se encaminó a la cocina.

Allí, la lluvia golpeaba directamente el tejado, y el ruido era ensordecedor. Estaba cayendo agua a mares, rezongó Lake.

Abrió la puerta, y la espesa cortina de agua casi le echó atrás.

Había un pasillo con baldosas de piedra, cubierto por un enramado de rosales trepadores, que conducía directamente al garaje.

James atrapó un impermeable viejo, colgado detrás de la puerta, apagó la luz y, cubriéndose hasta la cabeza, corrió bajo el enramado de rosas hasta el garaje.

El vendaval había incrementado su fuerza, y el agua se desplomaba en oleadas, barriéndolo todo. Mientras sacaba el coche, Lake pensó, una vez más, que era una maldita noche, incluso para reunirse con una mujer como Laurie.

Cerró la puerta del garaje mediante el mecanismo electrónico. La lluvia, inundando el parabrisas, dejaba casi inútiles los limpiadores, que oscilaban furiosamente.

Deslizó el coche por el sendero. Captó el ruido de las ruedas al romper la corriente de agua que se precipitaba por la calzada, giró el volante y condujo con cuidado, tratando de ver a través de la incesante catarata.

El torbellino de la lluvia encharcaba los jardines en Cindy Terrace, y convertía sus empinadas calles en tumultuosos torrentes.

El chispazo de los relámpagos recortaba formas fantasmales entre los árboles, mientras el chasquido de los truenos estremecía las cristaleras de los ventanales, en la enorme residencia de los Montross, donde el viejo expiraba, rodeado de toda su corte.

A pesar de sus casi noventa años, el viejo Douglas Montross se había mantenido duro y lúcido hasta el final. Delgado, parecido a una varilla de acero, había controlado sus inmensos negocios con mano férrea, vigilando al mismo tiempo a todos los miembros de su familia, del primero al último, fiscalizando sus actos, husmeando en sus vidas como un sabueso, chillándoles cuando cualquiera trataba

de excederse en sus gastos, no permitiendo siquiera que ninguno de ellos se estableciera por su cuenta lejos de su implacable férula.

Y ahora estaba muriéndose, y ellos se hallaban allí, esperando, vigilándole a él como buitres al acecho.

El anciano de albos cabellos era poco más que una calavera en los momentos que precedían a la muerte.

El doctor Newcombe susurró:

—Sería mejor dejarle solo ahora... Esta habitación está excesivamente caldeada...

Nadie se movió. Estaban allí desde hacía horas su esposa Fleeta, una mujer pálida, desdibujada, que había vivido siempre bajo la sombra atemorizadora de su marido; sus hijas Mary y Luzy, que miraban al moribundo como si fuera poco menos que un perro.

Y estaban también sus dos sobrinos, Ben Carson y George Clay, para quienes el viejo sólo había sido una escasa fuente de ingresos.

De pronto, el anciano abrió los ojos y les miró despacio, ladeando dificultosamente la cabeza.

En sus pupilas se había extendido como un velo sucio y gris, semejante a una telaraña.

—Bren... —musitó sin voz—. Brennan...

Nadie replicó. Sólo su mujer acusó un leve estremecimiento.

Luzy gruñó:

—Estamos todos aquí, a su lado, y lo único que se le ocurre es llamar a Brennan. Creo que mejor será irse a dormir.

—¡Hija! —protestó su madre débilmente.

Mary esbozó una mueca.

—¿Para qué lo llama, si sabe que no puede estar aquí? Le falta un año para salir del penal de Yuma.

—¡Por favor! —suplicó el médico.

El viejo agitó su esquelética mano.

—Lo he oído —jadeó—. Buitres..., cuervos..., lo he oído... Brennan..., muchacho...

El doctor trató de apaciguarlo. El anciano lo apartó con un gesto y un gruñido. Jadeaba como un fuelle a punto de resquebrajarse. Su escuálido pecho subía y bajaba al compás de una respiración agónica, fuera de compás.

Los dos sobrinos se habían apartado y estaban cerca de la ventana, sobre cuyos cristales el agua se deslizaba como una

catarata.

Con voz apenas susurrante, George Clay musitó:

—¿Tú tienes idea de cómo tiene dispuesto el testamento?

Ben Carson sacudió la cabeza.

—No..., nadie lo sabe, excepto sus abogados, por supuesto.

—¿Y la fortuna?

—¿Qué quieres decir?

—El total..., a cuánto sube...

—También es una especie de secreto de estado. Pero hace unos meses, mi padre dijo que la Overseas Research estaba valorada en poco menos de diez millones. Y existen las acciones, y los laboratorios, y...

Alguien susurró que se callaran, y los dos se encogieron de hombros. Ambos estaban rabiando por fumar, por saber, por salir de dudas, porque el viejo reventara de una vez, y pudieran irse cada uno a su casa a esperar el instante de desvelar el testamento.

Luzy se apartó hacia la puerta de la habitación, la abrió y encendió un cigarrillo con gesto hosco. Esperaba que alguien le reprochara su acción, y estaba dispuesta a replicar, pero nadie dijo una palabra, excepto el moribundo, que continuó llamando a su hijo Brennan a intervalos.

Un hijo que no podía acudir a su lado, como todos sabían, porque estaba preso en el penal de Yuma, purgando la muerte de un hombre.

Había quien decía que aquel escándalo había acortado la vida del viejo patriarca, aunque eso costaba de creer, dada su edad y fortaleza.

Lo que sí era cierto si uno se detenía a pensarlo, era que el escándalo y todo lo demás le volvió todavía más duro, más implacable, especialmente con su familia. Brennan había sido siempre su punto débil, el objeto de su cariño, de un afecto enfermizo hacia el hombre que, según él, estaba destinado a continuar su nombre, su fortuna y su despiadado imperio económico con la misma implacable determinación con que él lo había creado y regido desde el principio.

El viejo Douglas Montross no murió hasta las tres y media de la madrugada, mientras en el exterior se desplomaba una tromba de agua, rugía la tormenta y en el penal de Yuma estallaba el motín.

CAPÍTULO II

El alcaide Mars se puso los pantalones precipitadamente, mientras las sirenas aullaban como demonios.

En su despacho le esperaba el jefe de guardianes. Los reflectores taladraban las tinieblas de la noche allá fuera, bajo un cielo tan negro como la tinta, cubierto de bajas nubes amenazadoras.

—¿Cómo está la situación? —Ladró Mars, alisándose el cabello cano.

—Muy mal. Tienen a Forsite y Lafflin.

El alcaide hizo una mueca.

—¿Está controlado el pabellón?

El jefe de guardianes soltó un juramento.

—Tan controlado como un pozo de serpientes. Esos bastardos no pueden salir, pero nosotros tampoco podemos entrar. Poseen revólveres, aunque no me pregunte cómo se hicieron con ellos. El resto de los presos están endiabladamente Arborotados, como puede oír.

Era cierto. Se elevaba un agudo clamor procedente de todos los pabellones. Los presos golpeaban los barrotes de las rejas con los tacones de sus zapatos o cualquier cosa que pudiera hacer ruido. Aullaban y gritaban, insultando a los guardianes, y el estrépito era alarmante.

—¿Quiénes son, Kroylin? —preguntó el alcaide.

—Steve Hines y Henry Foley.

—¡Esos bastardos...!

—Debimos haberles mantenido más tiempo en «el panteón».

—Eso no sirve con tipos de esa calaña...

—Nos han dado treinta minutos para dejarles salir amparados en los dos guardianes que tienen como rehenes. Pasado ese tiempo, matarán a uno y después a otro.

—Lo harán. Son dos bestias dañinas —barbotó Mars

descolgando el teléfono.

Habló brevemente con la policía del estado para que bloqueasen todas las carreteras. Luego, añadió:

—Intentaré capturarlos, pero si no es posible hacerle sin arriesgar la vida de los dos guardias, les dejaré salir capitán. Deben contar con ayuda en el exterior, tal vez un coche preparado en las cercanías. Si salen, la situación quedará por completo en sus manos. ¿Conforme?

El capitán de la policía estatal soltó un rotundo taco antes de asentir.

—Muy bien, Mars; si no hay más solución, déjelos salir. Sólo le pido que trate de ganar tanto tiempo como sea posible para que nosotros podamos prepararlo todo. ¿Entendido?

—Gracias, capitán, así lo haré.

Colgó. Estaba transpirando copiosamente.

Kroylin suspiró:

—No van a esperar mucho, señor.

—Vamos allá.

Recorrieron una serie de pasillos bien guardados, en medio del tremendo escándalo, procedente de todo el penal.

El pabellón en que estaban los dos presos amotinados era el del extremo norte. Mars recordaba perfectamente el historial de ambos...

Foley era un asesino que se había librado de la cámara de gas, sólo gracias a las dudas de un jurado y al trabajo realmente extraordinario de su abogado. Una condena de treinta años pendía sobre sus espaldas. Era un delincuente habitual, violento, carente de todo sentimiento humano. Había robado, asaltado, violado y matado pura y simplemente por ansias de mal, por alguna oscura aberración de su retorcida mente.

Steve Hines era semejante en todo a su compañero, aunque su historial delictivo era menos variado. Hines se había especializado en los asaltos a mano armada, hasta que se pasó de rosca y mató a una mujer, aunque eso no pudieron probárselo nunca. Luego, entre sus compinches del penal, él mismo lo había reconocido como un timbre de gloria.

De cualquier modo, y gracias a las muchas veces que había sido juzgado y condenado a distintas penas de cárcel, ahora estaba

cumpliendo la última, de veinte años.

Mars sabía que aquellos hombres no se rendirían jamás. Con muchísima suerte, cuando pudieran salir del penal, ambos serían dos ancianos casi decrepitos. ¿Qué podían perder ahora?

El alcaide y Kroylin entraron en la gran sala del pabellón, en el centro de la cual se alzaba la caseta metálica de seguridad. Dos guardianes armados permanecían en ella controlando los cierres electrónicos de las celdas y los circuitos de alarma.

Mars les hizo una seña. Abrieron la puerta acorazada, permitiéndole entrar.

—¿Dónde están ahora? —preguntó.

—En el pasillo de la segunda planta.

—¿Qué demonios están haciendo?

—Esperan. Tienen a Forsite y a Lafflin en la celda de Hines.

—¿Cómo se comunican con ustedes?

—Por el teléfono que hay en cada pasillo, señor.

—Claro, claro... Llámelos.

El guardián estableció la comunicación. El alcaide tomó el auricular y, poco después, una voz ruda, tensa, ladró a través del aparato:

—¿Qué deciden, hijos de perra?

—¿Hines?

—Soy Foley. Usted es el alcaide Mars, ¿no?

—Seguro. ¿Qué pretendes conseguir con eso, Foley?

—Salir de esta ratonera. Les he dado un plazo, alcaide. Se está agotando.

—No tenéis escapatoria alguna, Foley. Eso no es más que una locura, que terminará en desastre.

—¿Sí? Está bien, siga pensando así, y dentro de diez minutos habrá expirado el plazo. Entonces, Forsite morirá. Le mandaré su cabeza rodando por el pasillo, alcaide. Y diez minutos más tarde, le seguirá la de Lafflin. Será divertido, ¿eh, viejo?

Sonó una risita y la comunicación se cortó.

Mars se pasó un pañuelo por la empapada frente. De nuevo estableció contacto, y esta vez fue Hines quién se puso al aparato.

—¿Qué decide, alcaide?

—Escucha, he de consultarlo..., necesito un poco más de tiempo. Hines.

—No hay más tiempo.

—¡No voy a jugarme la carrera sólo porque tú y tu compinche estéis más locos que un chivo! —Teatralizó Mars—. Necesito quince minutos por lo menos.

—*Okay*. Concedidos. Quince minutos más. Pasado ese tiempo, empiecen a rezar por sus dos esbirros.

Y colgó.

Mars estuvo gruñendo maldiciones hasta que se calmó.

Uno de los guardianes dijo entre dientes:

—No vacilarán en matarlos, señor. Conozco bien a esos dos lobos.

—Yo también. Deme línea con el exterior.

Comunicó de nuevo con el capitán de la policía del estado.

—He conseguido quince minutos más de tiempo —informó—. Es todo. No van a darnos ni una oportunidad. No, esos dos.

—Correcto —replicó la voz tranquila del policía—; apure hasta el último minuto, y luego déjelos salir. En unos minutos más, lo tendré todo bajo control. Además, mis hombres están inspeccionando los alrededores del penal por si hay un auto oculto o algo así. Todo saldrá bien.

Colgó.

Mars consultó su reloj. Se le antojó que el tiempo se iba a una velocidad estremecedora.

Pasaron los minutos, raudos, uno tras otro. Cuando faltaban solamente cinco para que se apurase hasta el plazo extra, el teléfono sonó.

Era Foley de nuevo.

—¿Alcaide? Faltan cinco minutos.

—Lo sé.

—¿Se deciden o no?

—Espera, Foley. Vamos a abrir las puertas, si Forsite y Lafflin están bien.

—Ellos vendrán con nosotros hasta la salida, alcaide. Son nuestro seguro de vida.

—¿Y después?

—Les soltaremos una vez fuera. No queremos lastre.

Mars pensó que dos bestias salvajes como aquellos dos asesinos, nunca soltarían a sus rehenes... vivos.

—¿Dónde piensas dejarles?

—A una milla del penal.

—¿Tenéis un coche esperando allí?

—Hace demasiadas preguntas. ¿Sí o no?

Mars miró su reloj. Faltaban dos minutos.

—Conforme —dijo con un suspiro.

—Eso está bien —rió Foley—; ahora, escuche: vamos; a salir por el patio. Diga a sus esbirros que no hagan tonterías con las armas o sus camaradas lo pagarán. Quiero ver los portones abiertos de par en par, sin nadie cerca. ¿Entendido?

—Sí, Foley.

—Si tiene la idea de apostar un buen tirador de rifle en las galerías, olvídelo, alcaide.

Éste se estremeció, porque semejante idea se le había ocurrido, aunque desechándola porque desde el principio estuvo seguro de que aquello no serviría con hombres como Foley y Hines.

—No habrá tiradores de rifle, Foley, palabra de honor. Pero, por tu parte, guárdate de maltratar a los rehenes.

—Ellos están bien. ¿Listo, alcaide?

—Sí.

—*Okay*. Ahora, diga a los tipos que manejan los cierres de las celdas que abran la setecientos dos. —¿Qué?

—¡La setecientos dos! Vamos, rápido, alcaide.

Éste oyó la voz del otro preso que protestaba, pero Foley le hizo callar abruptamente.

—¿Para qué? —barbotó.

—No haga preguntas idiotas, sólo abra esa celda.

—¿Es que va a huir otro contigo?

—¡Y de qué modo!

Mars tapó el auricular con la mano.

—¿Quién ocupa la celda setecientos dos? —preguntó. Uno de los guardianes enarcó las cejas.

—Brennan Montross, señor.

—¿El chico del millonario? —exclamó estupefacto.

—El mismo.

—No puedo creer que esté complicado en la fuga. Se llevó el auricular al oído.

—¿Foley?

—¡Ha pasado el tiempo, alcaide! Voy a matar a Forsite.
—¡Espera, maldito seas, Foley!
—Le di todo el tiempo que usted quiso. Se acabó.
—Muy bien, voy a abrir todos los portones hasta el patio.
—¡Primero, la celda setecientos dos!

Mars suspiró.

—Abra la setecientos dos —dijo al encargado del tablero electrónico—. Eso no lo hubiera sospechado nunca.

El hombre empujó una clavija. Un pequeño bulbo rojo se encendió en la pantalla, y todos lanzaron un suspiro.

Mars salió de la acorazada garita y distribuyó las órdenes oportunas para que los portones fueran abiertos, y nadie tratara de interferir la salida de los criminales.

El alcaide no podía saber que acababa de condenar a muerte a un hombre...

Foley se deslizó a lo largo del pasillo. Hines gruñó:

—¡Condenado! Estamos perdiendo el tiempo...

—Es sólo un minuto. Ese niño bonito se la ganó hace tiempo.

El «niño bonito» estaba sentado sobre el borde del camastro, mirando asombrado cómo la reja de la puerta se desplazaba silenciosamente, movida por su mecanismo automático.

Foley apareció en la abertura. El presidiario era un hombre de casi seis pies, robusto, con anchos hombros y cuello casi inexistente. Un rostro brutal, de ojos crueles, coronaba el conjunto de maldad.

—Hola, chico —rió, balanceando el enorme revólver que empuñaba.

—¿Qué quieres, Foley?

—Vengo a despedirme. Ya te dije que yo me largaría de aquí. Te invité a unirme a nosotros, ¿recuerdas?

El muchacho asintió y tragó saliva con dificultad. No tendría más de veinticinco años, y estaba muy pálido.

—Tú te negaste.

—Sí..., me falta menos de un año para cumplir. ¿Por qué he de arriesgarme a perderlo todo?

—¡Yo te dije por qué, maldito pisaverde! Tu viejo tiene mucha influencia..., si tú hubieses huido, seguro que echaba tierra al asunto. Incluso hubiera podido arreglarte la huida al extranjero, ¿no? Y contigo, nos habríamos largado nosotros. Pero tuviste

miedo..., eres unapestoso cobarde, chico.

Entró poco a poco en la celda. Allá fuera, Hines gritó:

—¡Han abierto los portones, Foley!

—¡Ya voy!

Brennan se levantó de un salto.

—¿Qué vas a hacer, Foley?

—Despedirme..., sólo despedirme...

—¡Foley!

El grito se cortó cuando el amotinado volteó la mano armada, y descargó un feroz culatazo contra la cara del preso.

El muchacho cayó sobre el camastro, deslizándose después al suelo.

Como si de repente se hubiera vuelto loco, Foley se inclinó y continuó machacándole salvajemente, igual que si fuese preso de una crisis bestial, que nadie pudiera controlar.

Mientras golpeaba una y otra vez, barbotaba soeces insultos. La sangre salpicó pronto el suelo y las paredes, y los bajos de sus pantalones, y sus manos, y el revólver que le servía de maza...

Cuando se irguió, jadeaba como un animal acorralado. Hines volvió a gritar, allá fuera.

Foley sacudió la cabeza. Limpió el revólver con las ropas del camastro, y trató de librar sus manos de la sangre. No lo consiguió, y, al fin, dando media vuelta, salió de la celda.

Hines le miró, y sus ojos se agrandaron.

—¿Qué demonios le hiciste?

—Le dejé un buen recuerdo. ¡Saca esas ratas de ahí, y vámonos!

Hines empujó a los dos asustados guardianes, y los cuatro bajaron las escaleras.

El patio estaba desierto, brillantemente iluminado por los potentes focos. Empezaban a caer grandes gotas de lluvia.

—Lo que faltaba —gruñó Hines, pegado a la pared.

El y Foley avanzaron con la espalda en el muro, manteniendo un guardián ante cada uno, desplazándose de costado para evitar que desde los altos pasillos de los muros, cualquier guardián armado de rifle pudiera abatirlos.

Atravesaron el primer portón. La lluvia arreció, espesa, caliente como la sangre.

En el segundo no vieron a nadie tampoco. Foley propinó un

golpe a Lafflin, cuando éste dio un traspié y estuvo a punto de caer.

El portón principal estaba también abierto de par en par. Sobre la galería, un guardián estaba inmóvil, soportando la lluvia, semejante a una figura de piedra.

Una vez fuera del penal, Foley lanzó un alarido de entusiasmo. El agua le entró en la boca, casi ahogándole, y se echó a reír.

—¡Lo conseguimos, Hines! —rugió—. ¡Lo conseguimos!

Empujaron a sus rehenes por delante, alejándose casi corriendo, mientras el chaparrón se convertía en un diluvio.

En la carretera vieron un auto de la policía del estado, con su faro rojo girando y destellando. Los policías estaban dentro del vehículo, y les siguieron con la mirada.

—¿Lo ves? —rió Foley—. No mueven ni las pestañas.

—¿Crees que estará esperándonos el nuestro?

—¡Seguro! Te dije que yo sabía lo que era eso... Lo tengo todo previsto...

—Oye, Foley...

—¿Qué?

—Mataste al chico, ¿no es verdad?

Foley soltó una carcajada.

—Por lo menos, hice cuanto pude para que se fuera a reunir con sus antepasados.

—¡Estás loco!

—¡Mira! Ahí está el desvío...

Era apenas un sendero abierto de maleza y que parecía internarse en un bosquecillo.

Allí estaba el coche. Empujaron a los dos guardianes ante ellos. Foley se detuvo junto a la portezuela y rezongó:

—Deben haber dejado ropas en el portaequipajes, pero ahora no tenemos tiempo de cambiarnos...

Abrió la portezuela. Metió la cabeza para entrar en el coche.

Ante sus ojos estalló un relámpago y un trueno que no tenía nada que ver con la tormenta. La cabeza del forajido reventó y el corpachón cayó hacia atrás como empujado por la mano de un gigante.

Hines dio un grito, volteando el revólver, con intención de matar a sus rehenes. De la parte trasera del gran vehículo negro surgió otro fogonazo, y Hines sintió un terrible golpe en el pecho.

Tosió, girando sobre los talones, mientras los dos guardianes se lanzaban de bruces entre la hierba.

Un arma tronó de nuevo. Hines dejó de danzar y cayó de rodillas primero, para acabar hundiendo la cara cerca de los pies de Foley.

De todas partes surgieron empapados policías del estado, armados hasta los dientes. Las linternas eléctricas relampaguearon aquí y allá, atravesando la cortina de lluvia, revelando los detalles de la escena.

Forsite y Lafflin se levantaron, temblando, pálidos, incrédulos, asombrados de estar vivos aún.

Un corpulento sargento dio la vuelta a los cadáveres con el pie. La lluvia inundó los ojos desorbitados de Hines y penetró en su boca abierta.

La cabeza de Foley era un amasijo en el que la lluvia salpicaba la sangre y la masa oscura que se desparramaba a un lado.

Se desataron los comentarios, mientras los policías echaban unos impermeables sobre los dos aturridos guardianes y les empujaban hacia donde esperaban sus propios coches.

El sargento dio un último vistazo a los cadáveres, hizo una mueca y, volviéndose, vomitó entre los árboles.

La fuga había terminado.

CAPÍTULO III

James Luke corrió a través del pequeño jardín y se guareció bajo el porche. La luz se encendió, apenas alumbrando en torno, mientras la lluvia se desplomaba estruendosamente sobre la tierra.

Lake soltó una maldición al sentir el agua penetrarle por el cuello de la camisa.

La puerta del pequeño *bungalow* se abrió y Laurie dijo:

—Entra. Te vi llegar desde la ventana.

El saltó al interior. A su alrededor, el agua encharcó el suelo.

—Te pondré perdida la casa —rezongó—. ¿Sabes la hora que es, linda?

—Las tres, creo.

—¿Y te parece una hora decente de recibir visitas masculinas?

—¿Tú qué crees?

El la enlazó por la cintura y apresó sus labios contra los suyos largamente.

La muchacha era casi tan alta como él, de cuerpo estilizado, esbelto, con descarados senos que la mosquitera con que se cubría apenas podía disimular.

Lake creyó que entre sus labios y los de Laurie alguien había deslizado una brasa encendida. Apretó la boca y en aquel instante creyó percibir un rumor a sus espaldas.

La soltó, volviéndose como una serpiente.

La mujer estaba allí, pálida, con ojos asustados, mirándoles.

—Yo... lo siento..., no quise...

La voz de la desconocida era temblorosa, débil.

Laurie se apartó. Sonrió.

—No se inquiete. Éste es James Lake, señora Garay. Ya le hablé de él.

Lake parpadeó. Estaba ante una mujer de unos veinticinco años, delgada, de piel extrañamente pálida y ojos de un azul desvaído.

Edith Garay murmuró:

—Sentiría que... que mi intromisión...

—Olvídelo —dijo él—. Soy un poco salvaje cuando estoy cerca de Laurie. ¿Qué es lo que pasa?

—Ven, prepararé café. Estará dispuesto en un minuto.

Laurie corrió hacia la cocina. La mujer y James entraron en una salita de colores y muebles delirantes, pero que producía una incomprensible sensación de comodidad.

Ella se dejó caer en una butaca. La luz de una lámpara de pie le dio de lleno en el rostro, y entonces Lake descubrió el profundo arañazo que tenía en un lado del cuello.

Encendió un cigarrillo. Ella dijo, con su voz incolora:

—Lamento mucho haberle molestado, señor Lake... Pero Laurie ha sido tan paciente conmigo...

—Si Laurie ha creído que yo debía venir, está bien, señora Garay, deje de preocuparse. Estoy un poco aturdido a causa del sueño y la tormenta, pero a juzgar por su aspecto, se encuentra en un apuro. ¿Es así?

Ella cabeceó, asintiendo.

James encendió un cigarrillo. Laurie apareció cargada con una bandeja. Sirvió café negro en tres tazas, y se sentó al lado de Edith Garay.

—Siéntate, ¿quieres? —le espetó—. Ya sabemos que eres un tipo estupendo, alto y fuerte y todo eso. Tómate el café.

El saboreó la infusión. Suspiró y no dijo una palabra hasta que la muchacha explicó:

—Alguien ha atacado a la señora Garay esta noche. James..., poco antes de que te llamara.

—Más claro. ¿Fue un ladrón?

—¿Qué otra cosa? Ella vive en ese *bungalow* del lado. La he oído gritar. Cuando salí, un hombre se alejaba corriendo a través de la lluvia.

El miró a la mujer pálida.

—¿Qué pasó, señora?

—Fue como una pesadilla. Desperté al oír un ruido. Me levanté y entonces él me atacó. Pensé que iba a estrangularme. Grité. Entonces me golpeó y escapó. Cuando encendí las luces, vi que estaba todo revuelto.

—Fue entonces cuando yo llamé a su puerta —intervino Laurie, con voz suave—. Pensé que era mejor traérmela aquí. Estaba mortalmente asustada.

El enarcó las cejas.

—Todo eso está muy claro, pero se me ocurre que hubieras hecho mejor llamando a la policía que a mí. Es un caso claro de allanamiento, con intento de robo.

Laurie sacudió la cabeza.

Edith Garay musitó:

—Fui yo quien le impidió llamar a la policía.

—¿Usted?

Laurie dijo:

—Fue entonces que se me ocurrió telefonearte, James.

—¿Tiene usted algo que ocultar a la policía, señora Garay?

Ella le miró. Había una penosa sombra en sus ojos.

—No lo sé —musitó al fin.

El apuró los restos del café. Laurie le llenó otra vez la taza, y mientras le añadía azúcar, Lake gruñó:

—Así no vamos a ninguna parte. ¿Tenía usted dinero en casa, dinero suficiente para tentar a un ladrón? Dinero, o quizá objetos de valor.

No cabía duda de que ella tenía miedo.

—Guardo algún dinero —murmuró.

—¿Mucho?

—Alrededor de mil dólares.

El soltó un juramento.

—Alguien debe saberlo.

—Vi a un hombre rondar cerca de mi jardín, poco antes de que empezara a llover.

Lake cabeceó.

—¿No pudo usted ver a ese tipo con detalle?

—No, estaba demasiado lejos.

—¿Y al que la atacó?

—Tampoco. No había luz.

—¿Por qué no me cuenta todo el asunto? No tiene objeto hacerme venir hasta aquí, y luego andar dando rodeos para no llegar a parte alguna. Usted tiene miedo. Puede ser debido al asalto de esta noche o no.

También guarda en su casa una cantidad de dinero que casi nadie gusta de conservar en metálico. Para algo están los Bancos, digo yo. Además, se niega a pedir ayuda a la policía. Todo eso puede tener diferentes significados.

La mujer le miró, asustada. Laurie le dedicó una sonrisa, con evidente intención de animarla.

James Lake pensó que estaba poniéndose nervioso. Quizá fuera la electricidad de la atmósfera, o la persistencia de la tormenta que descargaba sobre la ciudad desde hacía horas.

O tal vez fuera debido solamente a que aquella mujer, con su actitud de desamparo, le sacaba de quicio.

—Se lo diré —musitó—. Será la primera vez, en cuatro años, que hablo de eso con nadie.

—Adelante.

Laurie dijo, suavemente:

—Puede confiar en él, Edith, querida. A pesar de que es un cabeza loca, resulta endiabladamente bueno para esta clase de cosas.

Ella no pareció darse cuenta de la clase de cosas a que Laurie se refería.

Lake vació la segunda taza de café. Un trueno hizo vibrar los cristales de las ventanas. En la calle, un auto que pasó produjo un ruido como de chapoteo. En alguna parte, en medio del estruendo de la lluvia, un perro aulló, seguramente asustado por los rayos y los truenos.

—Ese hombre debe haber descubierto que recibo mil dólares cada mes —dijo Edith Garay, inopinadamente.

Laurie y James Lake cambiaron una mirada.

El preguntó:

—¿De dónde recibe ese dinero?

—No lo sé. Nunca lo he sabido.

—¿Pretende que nos creamos esa historia?

Ella estaba a punto de echarse a llorar.

—Estoy diciéndole la verdad. Recibo ese dinero desde hace cuatro años, señor Lake. Mil dólares todos los meses.

—Está bien, enfoquémoslo desde otro ángulo. ¿Quién se los manda?

—Eso sí puedo decírselo. Peter, mi marido. El es quien me envía

el dinero, desde que se fue.

—¿Por qué no empieza por el principio?

Ella asintió, con un gesto desangelado.

—Nos casamos hace cinco años o poco menos. Las cosas no le fueron bien a Peter, usted sabe... Era demasiado confiado. Al fin montó un pequeño taller mecánico. No tenía mucho trabajo pero sí buenos clientes. Las cosas hubieran podido mejorar, si él hubiese sido más decidido..., algunos no le pagaban, tuvo muchos gastos.

—Adelante, no se detenga ahora.

—Cerró el taller —explicó la mujer con un suspiro—. Perdió las esperanzas de prosperar como siempre había soñado, y se buscó un empleo de chófer. Le gustaban los coches, era un buen mecánico, y no le costó encontrar trabajo. Fue poco después cuando se marchó.

—¿Adónde?

—No lo sé.

—¿Quiere decir que la abandonó y que desde entonces le manda todo ese dinero?

—No me abandonó —negó sin convicción—. Sólo se fue, pero sigue queriéndome. ¿No lo comprende? Si no me quisiera, no continuaría enviándome mil dólares todos los meses.

—Por supuesto.

—Vino una noche. Estaba preocupado y nervioso, y aunque le pregunté, no quiso decirme qué le inquietaba. A la mañana siguiente se fue. Dos días después recibí una carta, en la que me decía que no debía preocuparme, que emprendía un largo viaje y que mientras estuviera ausente, me mandaría mucho dinero. Prometía volver en unos pocos años...

De pronto, estalló en sollozos y su voz se cortó.

Laurie suspiró, recostándose en el diván.

—¿Qué opinas, James? —murmuró.

—No tengo materia para opinar aún.

Advirtió que la lluvia ya no caía con tanta fuerza. Se levantó, nervioso, y encendió un cigarrillo mientras se aproximaba al ventanal.

Afuera estaba oscuro como boca de lobo. Las luces de los faroles eran débiles manchas amarillentas entre el agua.

Sin volverse, oyó cómo la señora Garay sorbía con fuerza y después proseguía, con voz rota:

—Al principio tuve mucho miedo. Pensé que Peter había hecho algo malo..., ustedes entienden... Después empecé a recibir regularmente mil dólares cada mes... y eso ha durado años, aunque nunca ha vuelto a escribirme. Por eso no quise llamar a la policía. Podrían hacer averiguaciones y comprometer a mi Peter...

—Comprendo. ¿Cómo recibe usted el dinero?

—¿Es necesario que se lo cuente también?

—No veo por qué no ha de hacerlo.

Su voz sonó demasiado dura. No le gustaba aquello, y menos aún que, a causa de Laurie, debiera prestarle su atención.

—Me lo envía en un paquete certificado, dirigido a un apartado de Correos. Todo lo que yo tengo que hacer es ir a retirarlo cada primero de mes. En su carta me daba las instrucciones y el número de apartado que había alquilado.

—Ya veo. ¿De dónde vienen esos paquetes, lo sabe?

—De una oficina de Correos de Arbor City, por lo menos eso es lo que he comprendido por los matasellos.

El se apartó de la ventana y fue a sentarse frente a las dos mujeres.

—¿No se le ocurrió nunca averiguar más respecto a este asunto?

—Lo pensé, claro..., pero siempre temía perjudicar a Peter. El me prometía regresar en unos años y aseguraba que entonces ya no tendríamos que volver a preocuparnos nunca más por el dinero.

—Y ahora alguien ha descubierto esa fuente de dólares, y ha tratado de robarle, ¿eh?

—Ha sido horrible.

—¿Cuándo retiró usted el último envío?

—Ayer.

—¿Qué hace con el dinero cuando ya lo tiene en su poder?

Ella titubeó. Luego, vacilante, dijo con voz que era apenas un susurro:

—Abrí cuentas en tres Bancos. Si hubiera ingresado cerca de mil dólares cada mes en un solo Banco, me habrían hecho preguntas embarazosas. De este modo, nadie sospecha nada... y yo me quedo algo en efectivo también, para mis gastos.

—Naturalmente.

—Pero ya no puedo más —suspiró, de pronto—. Todo ese tiempo manteniendo el secreto, preguntándome qué estaba

sucediendo, dónde estaría mi Peter y por qué no podía regresar aún.

—Cuatro años.

—¿Tiene ahora el dinero en su casa?

—Sí, no lo ingresé aún.

—¿Le parece que vayamos a dar un vistazo?

—¿Cree que puede descubrir algo sobre el hombre que me atacó?

El se encogió de hombros.

—Eso no puedo saberlo hasta haber examinado el lugar.

La mujer se levantó. Laurie dijo:

—Te esperaré aquí, James.

—Muy bien.

El y la señora Garay se encaminaron a la puerta.

Había cesado de llover, y la ciudad parecía extrañamente silenciosa cuando echaron a andar hacia el *bungalow* contiguo al de Laurie.

CAPÍTULO IV

Laurie dormitaba en el diván, cuando Lake regresó.

—¿Encontraste algo, querido?

—Nada, excepto lo que el intruso revolvió y una ventana forzada, que es por donde se coló en la casa.

Se inclinó sobre la muchacha y sus labios se encontraron.

—Ahora dime exactamente qué sabes de esa mujer.

—Muy poco. Vino a vivir ahí al lado hace tres años. Hasta ahora siempre fue amable, un tanto retraída y solitaria. No recibe visitas, apenas se relaciona con nadie más que conmigo... y después de escuchar su historia, es fácil comprender las razones de su retraimiento.

—Sí, claro.

—¿Te dijo algo más que yo deba saber, cariño?

—Ahora tiene miedo. Sin paliativos, puro miedo. Y quiere que busque a su marido, esté donde esté. Eso es lo que me ha dicho.

—Imaginé que acabaría pidiéndote que lo hicieras... ¿sabes, querido? Siento una gran pena por ella. ¿Qué crees que ha estado haciendo el tal Peter?

—¿Cómo voy a saberlo? Quizá encontró un filón.

—¿De qué clase?

—Tal vez chantaje.

—¿Tanto tiempo?

—Es lo único que se me ocurre ahora. Cuando sepa más sobre el asunto, podré opinar con más certidumbre.

La estrechó contra su cuerpo y de nuevo apresó su boca con avidez.

Durante largos minutos reinó el silencio, un silencio sólo turbado por el fugaz chasquido de los besos y el susurro apasionado de la muchacha.

Después de todo, resultó una noche mucho más corta de lo que

ninguno de los dos pudo sospechar.

Amanecía, y las luces del ventanal seguían desparramándose por el empapado jardín, como un gran ojo abierto a la noche, escrutador de las tinieblas, el ojo de un cíclope.

O el ojo de la muerte.

Hubo un silencio cargado de estupor cuando el abogado dejó de hablar. Sólo el chasquido de los rígidos documentos, mientras iba ordenándolos, quebró la tensión.

La viuda Montross musitó:

—Siempre pensé que sería eso lo que haría.

Luzy barbotó:

—¡El muy...!

—¡Luzy, modérate! Después de todo, era tu padre.

—Ese hecho no es como para enorgullecer a nadie —dijo la muchacha, entre dientes.

—¡Dejárselo todo a Brennan! —estalló Mary, muy pálida—. ¿Cómo pensaba que íbamos a vivir nosotras?

El abogado carraspeó.

—Si me permiten —dijo con su voz sin inflexiones—, tal vez no han comprendido los pormenores del testamento. El difunto señor Montross establece un usufructo, cuyas rentas deben ser repartidas entre ustedes a partes iguales..., unas rentas muy considerables, me atrevería a decir.

—¡Migajas! —saltó Luzy.

—Y toda la fortuna para Brennan —repitió la otra hermana, con voz que parecía un chirrido—. Como si el niño fuera un modelo de virtudes. Después que mató a un hombre y está en la cárcel.

La madre suspiró.

—Siempre fue su favorito, aunque nunca comprendí por qué.

Los dos silenciosos sobrinos cambiaron una mirada. Estaban materialmente desmoralizados, después de comprobar que ni ellos ni sus padres figuraban para nada en el testamento.

No obstante, Ben Carson dijo, dominando el temblor de su voz:

—Si yo estuviera en su lugar, querida tía, impugnaría ese testamento.

El abogado le miró por encima de sus gafas como si le creyera loco.

—¿Con qué argumentos? —preguntó—. El testamento es

perfectamente válido y legal.

—¿Cuándo fue extendido? —insistió Carson—. Porque si fue antes de que Brennan fuera encarcelado...

—El señor Montross lo firmó casi un año después de que su hijo ingresara en la prisión. De cualquier modo, antes o después no importa, créanme. No hay materia suficiente para impugnarlo, a menos que deseen despilfarrar su dinero en un proceso perdido de antemano.

Ben Carson se mordió el labio inferior, con ira mal reprimida.

Las dos muchachas se levantaron.

—Será una gran cosa felicitar a nuestro hermanito... dentro de un año, cuando salga de la cárcel. Vámonos de aquí, mamá.

La madre se levantó.

—Según he comprendido, usted es nombrado albacea, señor Runstead. ¿Puedo confiar que se ocupará de nuestros intereses con el mismo interés que hasta ahora?

—Por supuesto, señora.

—¿Se encargará también de darle la noticia a Brennan, en la cárcel?

—Naturalmente. He dispuesto mis asuntos para poder desplazarme a Yuma mañana por la mañana.

La mujer suspiró.

—Gracias, señor Runstead. Confiamos en usted.

Salieron en fila india, ceñudos, llenos de ira y resentimiento. El abogado suspiró al cerrarse la puerta y se recostó en el sillón.

Había temido que la cosa resultase más desagradable todavía.

A nadie le gusta que le escamoteen una fortuna de un centenar de millones de dólares, cuando ya cree tenerla en el bolsillo, y aquella familia había estado segura de embolsárselos sin más.

Aunque, pensándolo bien, se dijo, no era como para sorprenderse de que les sentara mal ver que toda aquella montaña de millones pasaba a poder de un presidiario al que todos aborrecían, a manos de quien había sido la causa de un feroz escándalo, que arrastró el nombre de los Montross por el barro de la murmuración.

Se encogió de hombros. Después de todo, eso era algo que a él no le importaba demasiado. Lo realmente importante era que seguiría manejando los asuntos legales de aquella familia, con lo

que su cuenta, más que considerable, continuaría engrosando su propia fortuna.

El entierro se celebró a primeras horas de la tarde. Después, cuando consiguieron librarse de los mordaces concurrentes, toda la familia se reunió en la residencia de los Montross..., a tiempo de recibir la noticia que les hizo saltar hasta el techo.

Brennan Montross había muerto la noche pasada, asesinado en su celda del penal, poco más o menos a la misma hora en que expiraba su padre.

La cosa estalló semejante a una bomba.

La fortuna, después de todo, volvía a sus manos.

Luzy comentó, cuando logró controlarse lo suficiente para hablar:

—¿Qué os parece? El destino ha querido enmendar la chochez del viejo.

—¡Hija! —protestó la viuda—. No deberías hablar de un modo tan... tan cruel.

—¿Cruel? Vamos, mamá, no seas ridícula... Es la verdad.

—Llama al abogado Runstead —sugirió Mary—. Veamos en qué situación nos coloca exactamente la muerte de Brennan.

—Recuerdo que dijo algo referente a si él moría...

—Claro que dijo algo de eso, pero nadie le prestó atención. Estábamos demasiado aturdidos. Llámalo, mamá.

La mujer obedeció.

Aquella noche, la noticia de la muerte del rico heredero apareció en todos los periódicos, aunque tratada con suma discreción. No en vano la familia Montross pesaba lo suyo en todas las esferas, con poderosos intereses, incluso en varios periódicos.

Todavía duraba la reunión con el abogado, ya anochecido, cuando James Lake llegó a la inmensa residencia, y llamó a la maciza puerta de roble.

CAPÍTULO V

El criado enfundado en su rígido uniforme, miró a Lake con evidente desagrado.

—¿Qué desea, señor?

La palabra señor sonó de un modo muy raro. James hizo una mueca.

—Lamento importunar..., veo la señal mortuoria en la puerta, pero he venido desde muy lejos. Deseo hablar con alguien de la familia Montross.

—¿Con quién exactamente?

Lake se encogió de hombros.

—Ni siquiera sé sus nombres.

—Temo que no sea la ocasión más oportuna, señor.

—Avisé a alguien, de todos modos. Mi nombre es James Lake.

El criado titubeó. Al fin, cerró la puerta y dijo con desagrado:

—Espere unos instantes, por favor.

Al quedar solo, Lake paseó la mirada a su alrededor. Se encontraba en un vestíbulo enorme, del que partía una amplia escalera que, tras formar un gracioso arco, desaparecía en el piso superior.

No tardó en reaparecer el sirviente. Señaló una puerta a su izquierda.

—Por aquí, por favor. Tenga la bondad de aguardar unos minutos.

Lake oyó cerrarse la puerta a sus espaldas. Los minutos pasaron lentos, en medio de un silencio semejante al de un mausoleo.

Al fin una puerta se abrió, dando paso a un hombre severamente vestido.

—Soy el abogado Runstead —se presentó a sí mismo—. ¿Cuál es el motivo de su visita, señor Lake?

—No vine a hablar con usted, precisamente.

—Temo que los miembros de la familia Montross no estén en condiciones de sostener entrevistas con desconocidos. Han pasado por unas pruebas muy duras, en pocas horas.

—Lo lamento.

—Por favor, sea breve.

Lake se encogió de hombros.

—Estoy buscando a un chófer que estuvo empleado aquí hace algún tiempo. Se llamaba Peter Garay.

El abogado frunció el ceño.

—No lo recuerdo. ¿Está seguro de que trabajó para la familia Montross?

—Sin la menor duda.

—Le diré lo que voy a hacer, señor Lake. Usted me deja su teléfono, y yo le llamaré cuando haya hablado de ese chófer con ellos. Si le recuerdan, le diré...

James estaba sacudiendo la cabeza de un lado a otro.

—No he realizado este viaje solo para conformarme con evasivas —dijo, ceñudo—. Busco a ese hombre, y hay muchas maneras de hacerlo. No quisiera causar ninguna preocupación a esta gente, pero lo haré, si no tengo más remedio.

Runstead comenzó a preocuparse.

—¿Quién es usted realmente, señor Lake? —barbotó.

—Detective privado.

—¡Oh!

—Ni más ni menos.

El abogado gruñó:

—Espere aquí, vuelvo en un minuto.

De nuevo solo, James encendió un cigarrillo. Dio un vistazo a los cuadros que colgaban de las paredes. No entendía mucho de pintura, pero todos eran originales de primeras firmas y debían haber costado una fortuna.

La espera se prolongó bastante más de un minuto. Al fin, el abogado regresó, con el rostro sombrío.

—Peter Garay fue despedido —dijo, secamente—. El propio señor Montross le echó a la calle. Pero eso sucedió hace muchos años.

—Cuatro, poco más o menos.

—Así es.

La puerta, tras el abogado, se abrió, dando paso a Luzy.

Enfundada en un delicado vestido negro, que moldeaba su figura hasta en el menor detalle, era todo menos la imagen de alguien transido de dolor por la muerte de un ser querido.

Runstead esbozó un gesto de disgusto, y dijo:

—Yo no podía haber manejado este asunto, Luzy.

—Lo sé.

Estaba mirando al detective con ojos calculadores, especulativos y brillantes.

—¿Por qué busca usted a Peter Garay? —preguntó, de pronto.

—Porque me lo encargó un cliente. Es mi trabajo, ¿sabe?

—Por supuesto.

—¿Recuerda usted bien a Garay?

—Sí.

Runstead terció, impaciente:

—Deje este asunto en mis manos, Luzy.

Ella no pareció haberle oído. Sonreía a Lake de tal modo, que a éste se le antojó una sonrisa tan cálida como el infierno.

—¿Qué quiere saber de nuestro desafortunado chófer, señor...?

—Lake, me llamo James Lake.

—Sí, creo que el abogado lo dijo.

—En cuanto a Peter Garay, alguien me encargó que tratara de localizarlo, ése es todo el misterio.

—¿Después de tanto tiempo?

El se encogió de hombros.

—Se asombraría de muchas más cosas si supiera cómo es mi trabajo. Oiga, antes dijo que Garay había sido un chófer «desafortunado». ¿Por qué?

Ella volvió a dedicarle aquella sonrisa, capaz de hacer hervir un bloque de hielo.

—Porque duró poco. Papá le despidió, creo que a causa de un leve accidente o algo así. Estuvo con nosotros muy poco tiempo.

—¿Sabe dónde se empleó, después del despido?

—No volvimos a saber de él desde entonces.

Runstead daba muestras de impaciencia. Luzy se volvió hacia él, y su voz cambió cuando dijo:

—Yo acompañaré al señor Lake a la salida... cuando se vaya. Creo que haría usted bien ocupándose de mamá. Está sumergida en

un mar de dudas, con ese testamento todavía.

Runstead soltó un bufido, masculló una despedida y se fue.

Luzy soltó una risita.

—Parece una gallina vigilando a sus polluelos —comentó con sarcasmo—. Señor Lake ¿me equivoco si digo que es usted un detective o algo así?

—Nada de algo así. Soy detective privado, con licencia perfectamente en regla.

—No le voy a pedir que la muestre. ¿Le apetece beber algo?

El frunció el ceño.

—*Whisky*, si lo tiene a mano.

—Aquí todo está a mano... sólo haciendo así.

Pulsó un botón y casi al instante una sirvienta apareció en la puerta.

—*Whisky*, Lora. Y dos vasos.

Cuando la sirvienta cerró la puerta, ella se deslizó perezosamente hasta el fondo de una butaca.

—Siéntese ahí, donde yo no tenga que levantar la cabeza para poder verle, ¿quiere?

—Con gusto.

Apenas hablaron hasta que tuvieron sendos vasos de *whisky* en la mano. El hielo tintineaba contra el cristal, empañándolo.

El saboreó un largo trago. Era un *whisky* de primera calidad.

Contempló cómo ella vaciaba el vaso con rapidez. Luego, dijo con calma:

—Ahora, dígame por qué tenía tanto interés en hablarme a solas, señorita Montross.

—Usted me intriga.

—¿Sí?

—Nadie se preocupó de Garay durante cuatro años. Y ahora, de repente, aparece usted buscándole. Eso es intrigante.

—¿Quiere insinuar que he mentido?

—No, estoy segura de que dijo la verdad al respecto. Pero usted es un detective. He oído contar infinidad de historias sobre ustedes..., algunas realmente..., digamos..., poco edificantes. ¿Qué se esconde detrás de su interés por Garay?

—Sólo unos honorarios, una cuenta de gastos y algunas molestias, eso es todo.

—¿Nada personal?

—Nada personal.

—Bueno, le diré que me interesé un poco por el hombre que busca.

—Ya veo.

—No parece asombrarse.

—Hay muy pocas cosas en este mundo capaces de asombrarme ya. ¿Hasta qué punto se interesó por él?

—No llegamos a ninguna parte. Era un hombre tímido, amable, indefenso. En esta casa, él era una oveja perdida en medio de un rebaño de lobos. Creo que primero me dio lástima, despertó en mí un instinto de protección. ¿Comprende lo que quiero decir?

—Creo que sí.

—Yo era cuatro años más joven, por supuesto. No tenía tanta experiencia como ahora respecto a los hombres.

—Espero que adquirir esa experiencia no haya sido demasiado duro para usted.

—No sea sarcástico. Quiero decir que ahora sólo me intereso por los hombres que pueden ofrecerme emociones fuertes, viriles. Ya no me emociona un Garay cualquiera.

—¿Está tratando de decirme algo concreto o sólo silba en la oscuridad?

Ella tomó la botella y volvió a llenarse el vaso.

—Estoy tratando de decirle que usted es un hombre fascinador.

—¿Y adónde nos lleva eso?

Ella no respondió, limitándose a beber glotonamente.

Después, murmuró:

—Quizá a su apartamento, señor Lake.

El se levantó.

—La llamaré cuando tenga otras preguntas que hacerle.

—Acudiré donde usted diga... con todas las respuestas.

Anduvieron uno al lado del otro hasta la puerta que daba a los jardines. Allí Luz se detuvo. Levantó los brazos y los enroscó alrededor del cuello de él.

—Tengo muchas respuestas preparadas, señor Lake.

Sus labios se estamparon contra la boca del detective como un cepo. Fue un beso experimentado, profundo y torturante.

Después se apartó jadeando ligeramente.

—Lláname —dijo en un susurro—. Pronto.

Retrocedió y cerró la puerta.

James Lake salió de su aturdimiento y echó a andar hacia el coche. Oyó unos pasos procedentes de su izquierda, y ladeó la cabeza para ver a un hombre de unos treinta años que se aproximaba con una malévola expresión en su rostro bien parecido.

—Haría usted bien en borrar el carmín de su cara, amigo. Luzy usa un *rouge* muy comprometedor.

—¿Lo sabe usted por experiencia?

El otro se echó a reír, mientras James sacaba su pañuelo.

—Más bien por experiencia ajena. Soy Ben Carson, sobrino de la familia.

—¿De toda la familia?

—Aquí todo pertenece a la familia, si usted entiende lo que quiero decir. ¿Es cierto que busca a Garay, el chófer?

—Exchófer.

—Eso es sólo un formulismo. ¿Le busca o no?

—Seguro. ¿Sabe usted dónde puedo encontrarlo?

—Ni idea. Cuando mi amado tío le dio el puntapié en el trasero, se esfumó.

—Eso no me ayuda mucho.

—Quizá le ayude saber que la causa del despido fue precisamente la volcánica Luzy. Por aquel entonces, andaba loca por el pobre hombre. Su padre lo descubrió y... Bueno, ya imagina el resto.

—Creí que le había despedido a causa de un accidente.

—Ésa fue la versión oficial.

—Ya veo.

—¿Sabe usted? No me sorprendería que ella hubiera seguido viéndole una temporada, después que se fue de aquí. No hay nada que pueda detener a mi prima cuando persigue un objetivo.

—Me sorprende lo unida que está la familia Montross —dijo el detective, con sarcasmo.

—Usted no sabe nada todavía. Abur, amigo.

Lake le vio saltar dentro de un alargado «Jaguar». El coche se alejó con un rugido. Instantes después, él también emprendía el camino a bordo de su propio auto, mucho menos espectacular que el rojo bólico que ya había desaparecido.

Estuvo reflexionando a fondo durante el trayecto hasta su oficina.

Cuando llegó, el teléfono estaba escandalizando insistentemente. Lo descolgó, para oír la voz de Laurie al otro extremo del hilo.

—Te llamé antes, James, querido...

—¿Algo importante?

—Mi vecina...

—¿Qué pasa con ella?

—Acaba de recibir una llamada telefónica.

—¿De veras?

—Ni más ni menos.

—Suéltalo ya, nena.

—Peter Garay la ha llamado. La pobre estuvo a punto de volverse loca.

—¡Qué cosas!

—Ha venido a decírmelo de inmediato. El le ha prometido que regresará muy pronto, que vaya a recoger un envío extraordinario en el apartado de Correos. Es el último que remite.

—¿Y...?

—Edith ha ido. Era un paquete muy bien confeccionado. Contenía quince mil dólares.

—¡Diablo! Eso es mucho dinero.

—Está emocionada, no tanto por el dinero como por la idea de que él está a punto de volver a su lado.

—Bueno, supongo que eso me deja fuera del cuadro. ¿No es así?

—Por supuesto. Sólo preséntale la cuenta y te pagará.

—Lo haré cuando vaya a verte, encanto. ¿Sigues tan linda como la última vez que te vi?

—¿Cuándo fue eso?

—Hace un siglo.

—Entonces, creo que he mejorado un poco.

—Cuídate, cariño.

Colgó, pensativo.

Recostándose en el sillón, suspiró al pensar lo poco que le había durado aquel trabajo. Se consoló al recordar que los había habido peores en su carrera.

Cerró la oficina, y decidió que el día, para él, había terminado.

CAPÍTULO VI

La mañana siguiente amaneció sombría, con densas nubes arrastrándose perezosas en el cielo.

Lake llegó a su despacho más tarde de lo que acostumbraba. Había pasado una pésima noche.

Apenas se había sentado cuando el teléfono sonó.

—Hable. Aquí Lake.

—Runstead. ¿Se acuerda de mí?

—El abogado... Claro que lo recuerdo.

—Está bien, sería interesante que pudiera usted venir a mi oficina cuanto antes, señor Lake.

—¿Para qué?

—Voy a contratarle.

—¿En su nombre?

—Trabajaré para mí, aunque sus honorarios se pagarán con dinero de la cuenta Montross.

—Voy para allá, si me da la dirección de su oficina.

El abogado la dictó, antes de colgar.

Runstead era un abogado importante. Sus oficinas ocupaban toda una planta de un exclusivo edificio del centro, que ya era de por sí un privilegio.

Eficientes secretarías, ruido de máquinas de escribir tecleando por todas partes, pasantes atareados; todo un escenario.

El propio Runstead le recibió en la puerta de su despacho privado.

—Entre y siéntese. Creo que ayer no nos comprendimos bien usted y yo.

—Digamos que estábamos en campos opuestos. ¿De qué se trata, abogado?

—Siéntese primero. ¿Un cigarro?

—No, gracias. Y vaya al grano. Si no me interesa su proposición,

quiero llegar a tiempo a una cita con una dama.

—Le interesará, no cabe duda. ¿A quién no le interesa dos mil dólares?

—A mí, sí.

—Ajá.

El abogado encendió, con calma, su cigarro.

Después, sin rodeos, empezó:

—Hay un testamento en juego, Lake. Muchos millones. El viejo los dejó inicialmente a su hijo Brennan, que estaba encerrado en la cárcel de Yuma. ¿Ha leído los periódicos?

—Sólo los espectáculos.

—Hubo un motín en la penitenciaría. Los amotinados asesinaron a otro preso..., a Brennan Montross.

—Vaya suerte la de ese chico, justamente cuando le caían encima un puñado de millones. Supongo que ahora será la familia quien se los embolse, ¿no?

—Ciertamente..., así lo creíamos todos.

—¿Han surgido dificultades?

—¡Y de qué clase!

—Supongo que ahí es donde entro yo.

—Exacto. Ayer, a última hora de la noche, se presentó una mujer, afirmando que es la viuda de Brennan.

Montross. Exhibió una colección de documentos, que así lo atestiguan. También tiene un testamento firmado por Brennan, en el cual la nombra su heredera universal. ¿Qué le parece?

—Que esa viuda será un bocado muy apetecible, si todo eso es cierto.

—Ni más ni menos; si es cierto, Lake. Usted se ocupará de averiguar la verdad.

—Entiendo.

—No quiso mostrarnos los originales de sus documentos, sólo fotocopias, que no tuvo inconveniente en dejar en mi poder. Aquí están. En ellas constan los datos que precisará para sus averiguaciones. Ya sabe cómo ha de llevar a cabo ese trabajo.

—No nací ayer.

—Irá a Yuma también cuanto antes. Gastos pagados. Hay fletado un avión para que pueda traer el cadáver de Brennan. Pero el motivo principal es averiguar si es cierto que esa mujer se casó con

él en la misma cárcel, en secreto, poco después de ser encerrado.
¿Comprendido?

—De modo que fue allí donde se casaron, ¿eh?

—Eso dijo la mujer.

—No les envidio su luna de miel.

—No haga chistes de mal gusto, por favor. ¿Alguna pregunta respecto al trabajo?

—Ninguna. O mejor dicho, sí... ¿Qué hay de la cuenta de gastos?

—Sin techo.

—Eso me conviene.

—Pero no se exceda. Buena suerte, Lake.

—No me ha dicho todavía el nombre de esa dama, ni dónde puede encontrársela en caso necesario.

—Oh, es cierto. Se llama Marge, y ha tomado una habitación en el hotel Continental.

—¿Con el apellido Montross?

—Por supuesto.

Lake salió del despacho, sumamente intrigado.

Aquella misma tarde volaba hacia Yuma a bordo de un hermoso avión bimotor.

El alcaide Mars sacudió la cabeza.

—Fue una cosa lamentable, créalo. Yo pensé que Montross se disponía a huir con ellos. Ni por un instante recelé que el salvaje de Foley pensara asesinarlo de aquel modo.

—Hábleme de la boda del muchacho.

—Oh, sí; fue algo curioso. En toda mi carrera era a segunda vez que asistía a una ceremonia semejante. Bien, el chico se portaba bien, llevaba casi un año aquí cuando pidió casarse, pero insistiendo en que quería hacerlo en absoluto secreto. Comprendimos sus razones y se le autorizó. Les casó el mismo capellán de la prisión y yo fui uno de los testigos.

—De modo que se trató de una boda perfectamente legal.

—Absolutamente.

—Eso es lo que quería saber. ¿Cómo se portaba Brennan?

—Muy bien. Era un muchacho taciturno, ceñudo. Se notaba, sin ninguna duda, que no era éste su ambiente. La compañía de todos esos criminales le ponía enfermo al principio. No comía, se movía

como un sonámbulo... Bueno, después reaccionó. Era pacífico, tranquilo. Hablé con él hace un mes aproximadamente. Me dijo que ya le faltaba poco, y que estaba impaciente por abrazar a su mujer.

—Eso puedo comprenderlo, sin necesidad de más aclaraciones. ¿Vino a verle ella, después de la boda, con mucha frecuencia?

Mars sacudió la cabeza.

—Dos o tres veces al principio. Después, dejó de acudir... El le pidió que no viniera. Decía que cuando volvía a quedar solo en la celda, sentía ganas de golpearse contra la pared, de modo que ella no volvió.

—Está bien, el muchacho tuvo mala suerte. ¿Cuándo estará listo para llevármelo?

—Ya deben haber cerrado el ataúd de metal. No va a ser un vuelo divertido, Lake.

—No soy supersticioso.

Mars rió.

—Lo que le conviene es que no lo sea el piloto.

Descendieron unos tramos de escaleras.

De pronto. James gruñó:

—Ese Foley debía ser un pedazo de bestia para matar al muchacho de semejante modo.

—No lo sabe usted bien, le machacó con el revólver, de una manera que daba náuseas.

—Sí, ya vi las fotografías.

Era noche cerrada cuando el avión remontó el vuelo de nuevo, esta vez llevando un tercer pasajero, silencioso y rígido, dentro de su lecho metálico, que ya nunca volvería a abrirse para él.

Había una ambulancia esperando, y también estaban allí el abogado Runstead y Luzy.

No hubo formulismos de ninguna clase entre ellos. El abogado le espetó, por todo saludo:

—¿Qué hay de la boda, Lake?

—Es cierta. Registrada en los libros de la prisión. Además, el propio alcaide actuó de testigo. No hay la menor duda, abogado.

—Pero ¿por qué en secreto?

—Eso habrá de preguntárselo a la desconsolada viuda, en todo caso.

—No me pareció desconsolada, precisamente —terció Luzy, con

burla.

—Otra cosa —dijo James—. Aconseje a la familia que no abran el ataúd. No es un espectáculo agradable. Le hicieron un feo trabajo antes de matarlo, si es que sabe lo que quiero decir.

Runstead se estremeció.

—Lo tendré en cuenta. Vámonos, Luzy.

—Me iré con el señor Lake —decidió ella—. Creo que hay algunas cosas que debo aclarar por mí misma.

El abogado titubeó, pero acabó encogiéndose de hombros y les dejó solos.

Luzy runruneó:

—Le eché de menos, hombre fascinador.

—No me ponga nervioso. Acabo de llegar de un largo viaje.

—Necesita un tónico.

—En eso sí tiene razón.

—Un tónico excitante, por supuesto.

—Por supuesto. Algo así como usted, quiere decir.

Le enseñó los dientes en una gran sonrisa llameante.

—¿Sabe de otro mejor?

—Seguro. Un buen sueño y una buena cama. No puedo mantener los ojos abiertos, créalo o no.

—Olvídese del sueño... ¡Oh, estuve pensando mucho en usted!

—Lo celebro. Eso es una gran cosa.

—No se burle. ¿Adónde va a llevarme, cuando salgamos de aquí?

—Con toda seguridad, a su casa, supongo.

—O a la suya.

—¿No piensa usted en otra cosa, nunca?

—Desde que le conocí a usted, no.

—Ya veo..., fascinación.

—Aunque lo diga en ese tono sarcástico, así es.

—Si usted lo dice..., ahí vienen.

Contemplaron la comitiva, viendo cómo acomodaban el ataúd en la ambulancia. El abogado esperó hasta que se hubo marchado el vehículo. Entonces se embolsó un puñado de documentos y formularios, y haciéndoles una seña, desapareció.

—Vamos, preciosa; dejé el coche en el aparcamiento, antes de emprender el vuelo.

El vigilante les miró sin interés, saliendo de su garita.

Lake escudriñó los bolsillos hasta encontrar la contraseña numerada del coche. Se la entregó al hombre, junto con las llaves.

—Tráigalo, por favor. Esperaremos aquí.

Luzy miró al hombre hasta perderlo de vista entre el laberinto de coches estacionados en la gran nave... Entonces, dijo:

—¿Sabes que estás trabajando para mí, querido?

—Exactamente, para el señor Runstead.

—Da lo mismo. El te paga con nuestro dinero.

—Eso tengo entendido.

—Entonces, ¡maldita sea! No esperes que toda la iniciativa parta de mí.

—Cada cosa a su tiempo, Luzy.

—¡Qué tiempo ni qué...!

Le apresó la cabeza entre sus manos y se colgó de su boca como si de aquellos labios dependiera su propia vida.

Aún estaban abrazados cuando se produjo el estallido.

El suelo tembló y una rugiente llamarada se elevó al fondo de la nave, roja y negra, mientras el ensordecedor estampido les laceraba los oídos y la honda expansiva de la bomba les lanzaba dando tumbos sobre el pavimento de la acera de entrada.

Luzy estaba chillando igual que loca, aferrada a él con desesperación.

Lake se levantó, tambaleándose. Desde el suelo, Luzy musitó:

—¿Qué fue eso, querido?

—Un explosivo... seguramente en un coche.

Echó a correr, mientras aún caían pesados trozos de techo.

Varios coches estaban aplastados. Alguno empezaba a arder, mientras el suyo era una antorcha hecha pedazos. Algo que antes del estallido había sido un hombre, estaba desperdigado por el asiento.

Retrocedió, tambaleándose. Tomó a la muchacha de la mano, y ambos salieron al exterior.

Ella gimió:

—¿Era... era tu coche...?

—Sí.

—¿Qué sucedió?

—Alguien colocó una bomba bajo el asiento..., debió estallar

cuando el vigilante se sentó ante el volante.

—¡Horrible!

—Con eso no me dices nada que yo no sepa —rezongó él, tenso.

—¿Por qué, Lake?

—Maldito si lo sé. Vámonos de aquí.

Estaba organizándose un buen embrollo, con gentes precipitándose hacia el aparcamiento procedentes de todas partes, y los bomberos del aeropuerto hendiendo la multitud con sus sirenas lastimando los tímpanos.

Echaron a andar apresuradamente, alejándose de aquel infierno.

Los taxis estaban sin chóferes porque éstos habían acudido también al lugar de la explosión. James Lake maldijo entre dientes. Quería alejarse del aeropuerto antes de que surgieran más dificultades, y le hicieran perder el tiempo.

Por otra parte, no estaba aún en situación de dar explicaciones a la policía. No sabía nada de nada; ni la razón por la cual habían dinamitado su coche, la causa por la que alguien quería verle muerto, ni mucho menos quién era ese alguien con ansias asesinas.

Al fin pudo cazar un taxista y emprendieron el camino de la ciudad.

Luzy estaba muy pálida. Con voz que había perdido su seguridad, preguntó:

—¿Adónde nos dirigimos?

—Te dejaré en el centro, donde puedas tomar otro coche. Yo tengo mucho que hacer todavía.

—Querido, yo pensé...

—Olvídelo. La cabeza me huele a dinamita aún. No es el momento.

Ella asintió, aunque lamentando que la cosa terminara antes de haber empezado. Incluso cuando se separaron, y la besó. Luzy fue incapaz de reaccionar como era su costumbre.

Instantes después, el detective rodaba hacia la casa de Edith Garay...

CAPÍTULO VII

Edith Garay había cambiado radicalmente desde la última vez que la viera.

Sus ojos brillaban llenos de vida. Sus movimientos habían perdido la desangelada languidez que tuvieran antes, y en conjunto era como si hubiera recibido dosis masivas de energía y dinamismo.

—Aún no comprendo cómo pude ser tan loca —dijo cuando hubo acompañado al detective hasta la sala—. Nunca debí dudar de mi Peter.

—Usted tenía perfecto derecho a estar inquieta, después de tanto tiempo.

—Pero ya no lo estoy. ¡Oh, no sabe usted la impresión que recibí, cuando le oí por teléfono...!

—¿Le dijo él dónde había estado todos esos años?

—No, realmente fue todo tan súbito... Ni siquiera recuerdo con exactitud qué nos dijimos. Yo estaba llorando, ¿sabe? Creo que pronuncié su nombre cien veces, mientras estuvo al teléfono.

—Lo comprendo.

—Oh, pero estoy hablándole de mis cosas y usted ha venido a liquidar su cuenta, señor Lake.

—Realmente, vine para estar seguro de que ya no me necesitaba. La cuenta puede esperar.

—De ninguna manera... Usted hizo el trabajo que yo, le pedí y tiene derecho a cobrar. Tengo dinero aquí. Sólo dígame cuánto le debo.

El esbozó un gesto de contrariedad.

—Le mandaré mi cuenta cuando vaya al despacho... Créame, la cosa no corre tanta prisa. Pero dígame una cosa, señora Garay...

—¿Sí?

—¿Desde dónde la llamó Peter? ¿Estaba en la ciudad?

—Oh, no. Era una llamada a larga distancia. Si hubiese estado

en la ciudad, hubiera venido directamente a casa, ¿sabe?

—Por supuesto. Entonces, ¿desde dónde la llamó?

Ella enarcó las cejas.

—Ésa fue otra cosa que no se me ocurrió preguntarle —murmuró—. Pero ¿qué importancia tiene? El me llamó, y eso es suficiente. Va a venir muy pronto, uno de estos días, dijo.

—Bueno, sólo me queda felicitarla, señora Garay. Otra cosa; me dijo Laurie que había recibido un paquete con quince mil dólares.

—Sí, él me avisó que fuera a recogerlo. Ya no enviará más, y uniéndolo a lo que yo he ahorrado, podremos establecer algún pequeño negocio cuando Peter esté aquí.

—¿Lo ha ingresado en sus cuentas bancarias?

—¡Naturalmente! Prefiero que me hagan preguntas en los Bancos a que me lo roben.

—Eso está bien. Puede mandarme un cheque cuando reciba mi cuenta, señora Garay.

Se levantó, disponiéndose a marcharse. Sólo entonces la mujer exclamó:

—¡Oh, Dios mío! ¿Dónde tengo la cabeza? Ni siquiera le he ofrecido algo de beber..., después de lo bien que se ha portado usted conmigo. Espere, no se vaya todavía, señor Lake...

—Olvídelo. Beberé en casa de Laurie. Ella está esperándome.

—La verdad es que aún estoy tan emocionada y nerviosa, que no sé dónde tengo la cabeza.

Le acompañó hasta la puerta, parloteando incesantemente.

James atravesó el jardincito, se despidió con un ademán y la mujer cerró la puerta. Instantes después llamaba en la del *bungalow* de Laurie.

La muchacha llevaba unos *shorts* blancos diminutos y una blusa de seda anudada sobre el estómago. James sonrió al verla.

—Eres una visión reconfortante, nena. ¿Puedo entrar?

—Si no temes a las murmuraciones, adelante.

—Eso es algo que debería preocuparte a ti, en todo caso.

Laurie cerró la puerta. Cuando se volvió, los brazos del detective la aprisionaron.

—Tú, salvaje —jadeó, al desprenderse—. Deja que una se defienda, por lo menos.

—Necesito un trago.

—Y yo.

Los preparó, mientras él daba vueltas por la estancia, ceñudo.

—Bueno, ¿qué diablos te pasa? Siéntate de una vez. Me pones nerviosa.

—Alguien colocó una bomba en mi coche.

Laurie se volvió en redondo, aturdida.

—¡Oh, James! ¿Sabes quién fue?

—No.

—¿Cómo fue que la descubriste?

—No la descubrí.

Ella se estremeció.

—¡James! ¿Qué pasó exactamente?

—El coche estalló. Hizo pedazos al encargado del estacionamiento del aeropuerto.

Una especie de gemido brotó de los labios de la muchacha.

El añadió, con voz como un chirrido:

—Cuando pueda ponerle la mano encima al que lo hizo, le daré qué sentir, te lo juro.

—Toma, bebe eso, querido.

El vació el vaso de un trago. Al fin se hundió en una butaca y murmuró:

—Acabo de hablar con tu vecina.

—La pobre está como loca.

—Ya lo vi.

—Después de tanto tiempo, no es para menos, ¿no crees?

—Yo también empiezo a estar impaciente por conocer a ese misterioso caballero, Laurie.

—¿A Peter Garay?

—Ciertamente.

Ella arrugó el ceño.

—No puedo seguirte cuando te pones así, James. ¿Qué es lo que pasa, en realidad?

—Maldito si lo sé. Pero el único asunto en que estaba trabajando cuando colocaron el artefacto en mi coche era el de Garay, porque lo otro no era tan importante como para mandarme al infierno. Después de todo, sólo traje un ataúd desde Yuma. No; forzosamente debió ser algo relacionado con Garay.

Ella se estremeció.

—James, no te precipites... Sentiría que hicieras sufrir más a esa pobre mujer.

El soltó un gruñido y, levantándose, fue a llenar otra vez el vaso. Desde el aparador, gruñó:

—Es sorprendente que el tal Peter Garay no se decidiera a ponerse en contacto con su mujer hasta que yo empecé a meter las narices en el asunto, nena.

Laurie no replicó. Estaba mirándole con inmensa ternura, pero también con una gran preocupación.

Llevando el vaso en la mano, James regresó a la butaca.

—Tal vez se inquietó cuando yo empecé a buscarle.

—No puedo creer que el marido de esa mujer haya sido capaz de una cosa tan horrible.

—Piensa en su fuente de ingresos. Algo capaz de producir mil dólares al mes para su mujer, más lo que él debe haber necesitado para vivir, con un remate de quince mil, es lo bastante grande como para defenderlo con uñas y dientes.

Preocupada, la muchacha preguntó:

—¿Le has hablado de eso a ella?

—Por supuesto que no. ¿Crees que estoy loco?

—La hubieras hundido si...

—Estoy seguro de que ella le hubiera dicho a su marido mis sospechas en su próximo contacto, poniéndole sobre aviso. No, querida. Si fue él quien colocó la bomba, quiero ajustarle las cuentas.

—¿Y si fue otro?

El se encogió de hombros.

—Lo cazaré —aseguró, rechinando los dientes—. Aquel desgraciado, despedazado dentro del coche... No lo olvidaré mientras viva.

—¿Hablaste ya con la policía?

—Todavía no. Hubo una confusión terrible en el aparcamiento. Llamaré a Fry más tarde.

—Se pondrá furioso, si tardas demasiado.

El no replicó, limitándose a apurar su segundo vaso, que abandonó después sobre una mesita.

—Alcánzame el teléfono —gruñó—. Lo haré ahora.

Marcó el número de la Jefatura, y le respondió una voz rutinaria

y aburrida.

—Quiero hablar con el teniente Alain Fry, por favor.

—Espere un momento.

Oyó el chasquido de las conexiones, y después una voz que sonó semejante a un gruñido:

—¡Hable!

—¿Fry? Aquí Lake.

—Hola. Hace tiempo que no me complicas la vida, muchacho. Casi te había olvidado.

—Temo que voy a complicártela ahora, Fry.

—¿De qué modo?

—¿Te has enterado del petardo que estalló en el aparcamiento del aeropuerto?

—¡Condenación!

—Fue mi coche —reveló James, con forzada calma.

—¡Tu coche! Pero el que saltó en pedazos fue el guardián. ¿Por qué?

—Yo iba acompañado. Le di las llaves y la contraseña, y le mandé a buscarlo. Eso me salvó la vida... y a él le hizo pedazos.

—¡Eres el bastardo con más suerte de cuántos conocí jamás! Bueno, ahora dime quién fue el artista que colocó la dinamita, y tal vez te dé las gracias.

—Eso es algo que voy a averiguar, Fry. Yo también quiero ponerle las manos encima.

—¡Espera un minuto! ¿Quieres decir que no sabes quién lo hizo?

—No.

—¡Maldita sea! No me vengas con cuentos.

—Nada de cuentos, Alain. Tal vez tenga una idea, pero con una idea solamente no se puede detener a un tipo que ni siquiera sé dónde está.

—Escúchame, esa explosión ha armado un escándalo a nivel nacional, por haberse producido justamente en el aeropuerto. Están presionándome por todas partes, y tú me sales con que sólo tienes una idea. ¡Bueno! Dámela, y yo haré que esa idea produzca dividendos.

—Eso, querido teniente, lo haré yo.

Y colgó.

Laurie dijo, preocupada:

—Fry no te perdonará nunca, si intentas dejarle de lado.

—Se consolará. ¿Quieres ser generosa y ponerme un poco más de *whisky*, antes de que me vaya?

Ella obedeció, preocupada.

James sacó del bolsillo los papeles que le entregara el abogado, y les dio un rápido vistazo.

Acercándose con los vasos, la muchacha indagó:

—¿Qué es eso, querido? Tiene aspecto de cosa importante...

—¿Estos documentos? Fotocopias tan sólo.

—Una licencia de matrimonio —murmuró Laurie, mirando por encima de su hombro—. No me digas que la has pedido, al fin.

—Nena, no me comprometas. Esta licencia vale una montaña de millones. Esa dama que nombra aquí, Marge Lumas, ahora Marge Montross, es la heredera de una fortuna inmensa...

Siguió examinando los demás certificados hasta que, repentinamente, se puso rígido.

—Espera un minuto —musitó, perplejo—. Eso me suena..., no es la primera vez...

Ella le entregó el vaso, y se deslizó sobre sus rodillas.

—¿Qué estás murmurando?

—Arbor City... Marge Lumas procedía de Arbor City, su lugar de residencia cuando se casó.

—¿Y qué con eso? Bebe, vas a derramar el licor.

El dio un sorbo al vaso distraídamente.

Y de pronto, dio un respingo, que por poco no arrojó a la muchacha sobre la alfombra.

—¡Que me cuelguen! —bufó—. La cosa empieza a tomar forma.

—¿Te importaría decirme de qué se trata?

—¿No recuerdas lo que nos dijo tu vecina sobre los envíos de dinero?

—¿A qué te refieres?

—Dijo que el matasellos era de Arbor City. Yo mismo vi uno de los envoltorios. ¿No te parece mucha casualidad?

Ella se encogió de hombros.

—No puedo seguirte, querido. Tu cerebro de sabueso es demasiado brillante para mí.

—Peter Garay enviaba el dinero a su mujer desde Arbor City, ¿recuerdas? Bueno, ahora resulta, según estos documentos, que la

mujer que se casó con el presidiario millonario, vivía en Arbor City... y tal vez aún viva allí. ¿Qué te parece?

—Puede ser una simple coincidencia.

—Tal vez, pero vale la pena investigarlo. Si la fuente de ingresos de ese misterioso Peter Garay fuera algo relacionado con los Montross, explicaría la bomba en el coche... Un manantial de dinero semejante vale algo más que un poco de dinamita...

—¿Qué piensas hacer?

El la rodeó con sus brazos, besándola un instante, antes de apartarla y levantarse.

—Iré a dar un vistazo a ese pueblo, nena. Quizá mate dos pájaros de un tiro, ¿no te parece?

Ella arrugó el ceño.

—Ten cuidado de todos modos, querido.

—Yo siempre tengo cuidado, ya lo sabes. Sigue tan linda para cuando regrese.

La despedida no fue tan afectuosa como ella hubiera deseado, porque se encontró sola, mientras en sus labios seguía el sabor del último beso.

Realmente, estuvo a punto de ser definitivamente el último...

CAPÍTULO VIII

Arbor City era una población grande, que, según las estadísticas, contaba alrededor de cien mil habitantes. Enclavada en una próspera zona rural, la incipiente industria comenzaba a darle un aspecto más sofisticado y también más sucio.

James Lake entró en la ciudad al atardecer, después de un viaje agotador a bordo de un coche alquilado en una agencia.

En la amplia calle principal que parecía atravesar la población de un extremo a otro, preguntó por la oficina de Correos. Minutos más tarde, detenía el coche ante la escalinata, cuando ya estaban cerrando las puertas.

Logró cazar al empleado en el último minuto.

—No voy a quitarle mucho tiempo —dijo—, y tal vez pueda usted ganarse un par de dólares.

—No se puede hacer mucho con un capital de dos dólares en estos tiempos, ¿eh?

—No quiero tener dificultades con su sindicato —rió James, echando mano al bolsillo—. Subiremos a cinco.

—Eso está mejor. ¿Qué le preocupa, amigo?

—Unos paquetes enviados desde aquí todos los meses. Si recuerda usted quién los manda, se ha ganado cinco dólares.

—¿Paquetes? Oiga, hay muchísimo trabajo en esta oficina. ¿Cómo pretende usted que yo recuerde un envío determinado?

—No le será difícil. Esos envíos se hacen en los tres primeros días de cada mes. No son mayores que una caja de cincuenta cigarrillos, y van dirigidos invariablemente a la misma dirección de Los Ángeles. El último fue un poco mayor, y no hará más de dos o tres días que fue entregado aquí. Van envueltos en papel manila oscuro y fuerte.

—No me gusta eso, amigo.

—¿Por qué?

—Si se trata de algo delictivo, que nuestro servicio deba investigar...

—Deje en paz a su servicio de investigación. Esos paquetes no contenían nada ilegal.

El hombre lo pensó con una profunda arruga en la frente.

Luego gruñó:

—Siempre me pregunté qué contendrían esos condenados paquetes...

—De modo que los recuerda.

—No por los paquetes en sí. Pasan a centenares por mis manos todos los días.

—¿Entonces...?

—Por la personalidad de quien los envía. Eso era lo que me llamaba la atención.

James suspiró.

—¿Qué tiene de extraño el tipo?

—Es Red Zorba.

—Con eso no me dice usted nada.

—Red Zorba es el fulano más degenerado de que tenga usted noticia. Haragán, pendenciero y borracho. Si me detengo a pensarlo, no creo recordar que lo haya visto jamás sobrio. Está alcoholizado por completo. Una verdadera piltrafa, amigo, se lo digo yo.

—Ya veo.

—Me extrañó siempre que un desperdicio como ése tuviera la suficiente lucidez para cumplir mensualmente un compromiso.

—¿Cuándo depositó el último paquete?

—Tal como usted dijo, hace tres días.

—Perfecto. Ahora dígame, dónde puedo encontrar a tan interesante caballero, y se habrá ganado sus cinco dólares.

—Vive en las afueras... Mount Street, aunque nunca he sabido que hubiera números allí. En realidad, es casi una choza. Hace años empezaron a urbanizar aquel sector, pero lo dejaron a la mitad.

James insistió hasta orientarse, después de lo cual, entregó el dinero prometido al empleado y salió.

Dio no pocos rodeos antes de conseguir el buen camino. La noche había cerrado, y una luna blanca y redonda asomaba detrás de las montañas.

El coche empezó a dar saltos cuando se internó por lo que un día fuera proyecto de urbanización. Allí no había más que alguna que otra pequeña construcción, aislada, en medio de un páramo desolado en el que apenas era posible distinguir la calle del monte.

Al fin vio una ruinoso construcción de madera. No era propiamente una choza, pero tampoco nadie en su sano juicio la calificaría de casa.

Apagó las luces y el motor y encendió un cigarrillo, mientras mentalmente se trazaba un plan de acción. Si el hombre estaba borracho, la cosa ofrecería algunas dificultades adicionales para obligarle a hablar.

En medio de la oscuridad, atravesó el espacio cubierto de hierba y llamó a la puerta. Los golpes resonaron como cañonazos en el silencio, pero nadie acudió a abrir.

Las desvencijadas maderas de la puerta no resistieron el intento del detective. Un lúgubre quejido de las bisagras, resonó en la noche como el aullido de un perro.

Entró.

La oscuridad, en el interior, era absoluta. Tanteó la pared y al fin localizó una llave.

La bombilla pendía del techo, al extremo de un cordón desnudo.

Además de una cantidad ingente de suciedad, en la estancia había un diván que dejaba asomar los muelles y el relleno, dos sillas y una mesa carcomida.

Eso era todo.

James avanzó arrugando la nariz. El hedor era insoportable, y penetraba hasta los poros de la piel.

Asomó la cabeza por una puerta abierta y la visión de una cocina como no imaginara ver en su vida casi le echó atrás. Había restos de alimentos en descomposición esparcidos por todas partes. Platos sucios en la fregadera, vasos tan sucios como los platos, y botellas vacías; ingentes cantidades de botellas en los lugares más inverosímiles.

Volvió atrás, para abrir otra puerta y contemplar un interior oscuro. Encendió la luz, esperando encontrar un basurero como el que acababa de ver...

Era realmente un basurero, un lugar increíble para tener una cama y una silla.

Increíble incluso para morir.

Como había muerto el individuo que estaba atravesado en la cama revuelta.

Pisando con cuidado, James se acercó al cadáver. El orificio de la bala era limpio, y la pólvora había chamuscado alrededor de él.

Le habían disparado a bocajarro, seguramente mientras estaba inconsciente, a causa de su embriaguez.

El detective se irguió, perplejo. Aquel desgraciado llevaba más de veinticuatro horas muerto, según calculó. Estaba rígido como una tabla.

Era sorprendente que el asesino no hubiera intentado siquiera hacer pasar el crimen como un suicidio, dejando la pistola en la mano del muerto.

Mascullando entre dientes, James salió de la choza, desconcertado. El borrachín ya no enviaría más paquetes por correo, y lo que era peor, no hablaría una palabra, que era precisamente lo que hubiera querido el detective.

Se fue sin apagar las luces, esperando que llamaran la atención de alguien y dieran la alarma. Condujo el auto de nuevo hasta el centro de la población, buscó un hotel y, tras inscribirse, se instaló en la habitación, dándole vueltas a la confusión de ideas que le enfurecían, al no permitirle elaborar ni siquiera una teoría aceptable.

Lo único que estaba realmente claro era que el tipo que envió los paquetes de dinero a la señora Garay, había muerto.

También era meridianamente claro que el borrachín los había entregado en Correos, pero nada más. Sin ninguna duda, actuaba por cuenta de otro que se mantenía en la sombra..., que se mantuvo en la sombra mientras necesitó remitir los envíos de dinero, pero que, una vez terminado el filón, había terminado también con el intermediario, eliminando así el eslabón que hubiera podido delatarle.

De modo que, en el asunto de Peter Garay, la pista quedaba rota, borrada definitivamente por ese lado.

CAPÍTULO IX

A la semana siguiente, James salió a la calle bajo un sol abrasador. Era un día espléndido, que llenaba de luz hasta los más ocultos rincones.

Si el caso de Peter Garay había quedado relegado de momento, a causa de la muerte de su intermediario, le quedaba el asunto que le encargara el abogado Runstead, y por el cual su cuenta de gastos sería abonada.

De modo que se encaminó a pie hacia la dirección correspondiente a Marge, la afortunada viuda que estaba en camino de embolsarse un buen puñado de millones.

La casa era alegre, pequeña y risueña. Rodeada de un reducido jardín, estaba lo bastante separada de la calle y de las demás construcciones como para sentirse aislado de miradas curiosas.

Estaba pintada de blanco, y la pintura era tan limpia que se adivinaba el poco tiempo transcurrido desde que fue aplicada.

Había cortinas de alegres dibujos en las ventanas. Una máquina de cortar el césped, llamante, aparecía abandonada en el jardín.

James pasó de largo, después de darle un buen vistazo. Ni pudo distinguir ningún movimiento en la casa, pero sin duda había alguien en ella, a juzgar por las ventanas abiertas.

Más allá del jardín empezaba otro, un poco más grande, en el que una matrona de unos cincuenta años, atendía amorosamente sus rosales.

Era una mujer fuerte, de cabellos en los que el tinte hacía maravillas. Se irguió cuando James se detuvo junto a su verja de madera. Sus ojos se encontraron.

El detective sonrió.

—¿Podría hablar con usted un minuto, señora?

—Pase, la verja está abierta.

El cruzó y anduvo por un limpiísimo sendero bordeado de

césped.

Los arriates de flores estallaban de color bajo el sol. La mujer señaló la enorme sombra de un roble y exclamó:

—Ahí abajo estaremos mejor. El sol calienta como el fuego esta mañana.

—Tiene usted razón. ¿Cuida usted sola el jardín?

—No permito que nadie más toque mis flores. Mi marido dice que... Pero usted no vino a hablar de mi jardín. ¿Qué es lo que desea?

—No voy a robarle mucho tiempo, señora.

—Si vende usted algo, puede estar seguro de que no me robará ningún tiempo. No voy a comprar nada, señor...

—Lake, me llamo Lake, señora.

—Bueno, señor Lake. ¿Qué vende usted?

El la obsequió con la sonrisa reservada para las grandes ocasiones.

—Nada —dijo.

—¿No es usted vendedor?

—En absoluto.

—Entonces...

—He pensado que quizá usted pudiera ayudarme, eso es todo.

—No comprendo nada.

Era evidente que ahora se había puesto en guardia.

James dijo, simulando no haberlo advertido:

—Estoy haciendo una encuesta para una compañía de seguros. Se trata de sus vecinos... Exactamente de su vecina.

Un chispazo cruzó por los astutos ojos de la mujer.

—¿Qué vecina? —murmuró.

—La de la casa blanca recién pintada.

—¡Oh, ésa!

—Tengo la esperanza de que usted sea tan amable de hablarme de ella, señora.

—¿Para qué? Ya no están aquí. Si lo que quiere es localizarlos, no puedo ayudarle. Sólo le diré que me alegra mucho de haberme librado de semejante vecindad.

—Sin embargo, hay alguien en la casa. He visto las ventanas abiertas, y el jardín está recién limpiado...

—Son los nuevos propietarios. Unas personas extremadamente

correctas, si me permite decirlo. No como aquella descocada mujerzuela...

Se interrumpió, pero se adivinaba que el solo recuerdo la ponía frenética.

James arrugó el ceño.

—Un momento. ¿Quiere decir que la casa ha cambiado de propietarios?

—Ciertamente. Hace solamente dos días que los nuevos propietarios tomaron posesión de ella.

—Entiendo... Yo necesitaba informes de la señora Marge Montross. Hábleme de ella.

—¿Montross? Debe haber algún error. La que se fue se llamaba Marge Oakley, y su... digamos, marido, Ernie Oakley, aunque le apuesto doble contra sencillo a que ni siquiera estaban casados.

—Me asombra usted —exclamó el detective, para incitarla a hablar.

—Le aseguro que eran el escándalo de todo el vecindario, sobre todo ella. Se exhibía en el jardín, con bikini..., pero usted no sabe cómo era el bikini. Los hombres se paraban en la calle, mirándola con descaro, y la muy... bueno, ella ni se inmutaba.

—Y el marido, ¿no tenía nada que decir a esos espectáculos?

—Les oí discutir muchas veces. Gritaban a cualquier hora del día o de la noche. Pero en cuanto al descaro de su mujer, no parecía preocuparle demasiado. ¡Qué gentuza!

—¿Llevaban mucho tiempo viviendo en esa casa?

—Algunos años..., dos o tres, creo. Oiga, señor Lake; ¿por qué se interesa usted tanto por ellos, ahora que se han marchado?

—Yo..., es decir, la compañía, ignorábamos que hubiesen cambiado de domicilio. La señora solicitó una póliza, usted sabe, y es costumbre realizar una pequeña investigación en estos casos.

—Claro, claro...

—De modo que podemos presumir que, en cuanto a su vida matrimonial, no eran lo que suele decirse un matrimonio bien compenetrado, ¿eh?

—No creo que fueran matrimonio siquiera. No actuaban como los otros que conozco.

—Pero vivían juntos...

—Oh, desde luego; y le diré que todas nosotras..., quiero decir,

la mayoría de las vecinas, nos preguntamos más de una vez de dónde sacaban el dinero, ¿sabe? El no tenía un trabajo fijo..., por lo menos, nunca salía o entraba a horas regulares. Muchos días no salía de casa. Y sin embargo, poseían buenos coches, gastaban mucho dinero, y hacían frecuentes viajes. Una cosa muy rara.

—Sí que es sorprendente. Usted no sabrá su nuevo domicilio, señora...

—Ni idea. Vendieron la casa con todos los muebles, y se marcharon, eso fue todo.

—Otra cosa, ¿recuerda usted cómo era él?

—No tenía nada de particular... Un hombre de aspecto elegante, eso sí; pero sin nada que destacara. Daba la impresión de uno de esos individuos anodinos, con un carácter débil, ya sabe lo que quiero decir.

—¿Y ella?

La mujer lanzó un bufido.

—¡No me hable! Una de esas mujeres que hacen volverse locos a los hombres, eso sí. Descarada. Nunca habíamos tenido nada semejante aquí, créame usted.

James sonrió.

—La comprendo perfectamente, señora. Me gustaría localizarlos. Si supiera usted qué agente se ocupó de la venta...

—Oh, fue el señor Jones, desde luego. Vive al final de esta misma calle, en una casa de ladrillo rojo y piedra, donde tiene también su oficina. Todo un caballero el señor Jones, sí, señor.

—Me ha ayudado usted mucho, señora.

Se estrecharon las manos, y el detective se alejó, antes de que la mujer cayera en la cuenta de que, de todas las preguntas que le había formulado, ninguna tenía relación con un problemático seguro.

La casa del señor Jones no era ni siquiera atractiva, pero sí de aspecto sólido y macizo.

Todo lo contrario de su propietario, un individuo frágil, de corta estatura, nervioso como un pájaro y vestido con la severidad de un sepulturero.

—¿Los esposos Oakley? —exclamó cuando James le hubo endosado la correspondiente excusa—. Por supuesto que fueron mis clientes.

—Tengo entendido que vendieron la casa totalmente equipada. ¿Es cierto?

—Lo es. No se llevaron nada, excepto sus prendas de uso personal, claro... ¿Qué es exactamente lo que usted desea saber?

—Su actual paradero. Es algo relacionado con una póliza de seguro.

—¿Seguro sobre la finca, quiere decir? —exclamó el hombrecillo, visiblemente alarmado.

—Póliza personal, señor Jones. No tiene por qué inquietarse.

—Menos mal. Bien, no puedo ayudarle, señor Lake. No dejaron señas al marcharse. La casa se vendió al contado, ¿sabe usted? Tomaron el dinero y se fueron, eso es todo.

—¿Al contado? Eso es sorprendente. Generalmente, esta clase de operaciones se realizan por medio de hipotecas, en la actualidad.

—Tenían prisa. Yo creo que pensaban establecerse en el extranjero, aunque no es nada que ellos dijeran, sólo una impresión. La dieron a un precio ridículamente barato, precisamente para venderla al contado.

—Entiendo. Oiga, las vecinas creen que no estaban ni siquiera casados, ¿es cierto?

—No lo sé. Para mi negocio, eso era algo que no me interesaba en absoluto. Además, esas vecinas siempre han sido unas chismosas. Yo creo que todo se reduce a la envidia que sentían hacia una mujer tan hermosa. Porque la señora Oakley era toda una belleza, ¿sabe usted? Un portento de belleza, diría yo.

—Bien, lamento que no haya podido usted ayudarme, señor Jones. Creo que deberán anular esa póliza... Gracias, de todos modos.

Regresó al centro, cabizbajo, dándole vueltas a todo lo averiguado. Las prisas de los supuestos Oakley para vender la casa y desaparecer..., los escándalos frecuentes entre ellos y su aparente falta de medios de vida, rió obstante su abundancia de dinero. ¿De dónde procedía el dinero?

Tampoco había explicación para la fuente de ingresos que permitía a Peter Garay mandar a su mujer mil dólares todos los meses.

James empezó a pensar que muy bien podía haber un lazo de unión entre un caso y otro. Un lazo formado por un caudal de

dólares, que nadie sabía de dónde procedían.

Las calles, a esa hora de la mañana, estaban muy concurridas y el tráfico era intensísimo, pero incluso así James, en otras circunstancias, quizá hubiera advertido al hombre que le seguía los pasos, de no haberse entregado a su preocupación de modo tan absorbente.

Sólo que no lo advirtió, ni siquiera cuando, al detenerse frente a su hotel, el individuo pasó cerca de él, alejándose calle abajo.

Dedicó el resto del día a recorrer almacenes y tiendas importantes, averiguando en cuáles los Oakley habían tenido cuenta.

Supo que sus gastos fueron siempre cuantiosos, pero pagados religiosamente cada fin de mes, cuando les eran enviadas las facturas correspondientes.

Habían vivido sin ahorrar, eso quedaba claro. Fuese de donde fuere que les llegaba el dinero, éste les debía caer encima con una abundancia asombrosa, juzgando por lo que despilfarraban.

Más intrigado cada vez, el detective abandonó el último de los almacenes al anochecer. Los Oakley no habían dejado un solo centavo de deudas al marcharse.

Claro que ésa era una manera excelente de obtener la seguridad de que nadie se interesaría por su nuevo domicilio, una vez fuera de la ciudad.

Cenó en un restaurante pequeño y acogedor. Después, volvió a la calle, tratando de dar con cualquier idea que pudiera llevarle a una solución positiva del problema.

Llegó a la conclusión de que sólo había un medio de poner muchas cosas en claro, y éste era abordar a Marge Montross abiertamente, cara a cara, en su hotel de Los Ángeles. La dama tendría mucho que explicar, sin ninguna duda.

Decididamente, emprendería el regreso a la mañana siguiente.

Estaba aún lejos del hotel, cuando la primera bala zumbó tan cerca de su cara, que el desplazamiento del aire, le lastimó los ojos.

El estampido atronó toda la calle, mientras el detective, pasado el primer instante de desconcierto, se zambullía en la acera como si fuera en una piscina.

Sonó otro pistoletazo, y el proyectil aulló de modo endiablado, al rebotar en la pared.

Para entonces, James tenía su «38» en la mano, aunque no sabía contra quién disparar.

Los escasos viandantes de aquella hora corrían despavoridos de un lado a otro. Una mujer gritaba histéricamente, pegada contra la pared, a poca distancia de donde había rebotado la bala.

James dio una vuelta sobre sí mismo, reptando hacia la protección de los coches aparcados.

Entonces vio a la mujer y le gritó:

—¡Tiéndase en el suelo, estúpida!

Ella le miró con ojos horrorizados. Se desentendió de la histérica dama, y comenzó a levantarse junto a un «Cadillac» de brillante carrocería.

No había nadie a la vista. El detective maldijo en voz baja, escrutando la calle con ojos de halcón.

No tardaría en llegar la policía, eso era indudable. Alguien daría aviso, y en consecuencia le obligarían a dar un sinfín de explicaciones para las que no estaba preparado.

Era preciso salir de la ratonera cuanto antes.

Acabó de erguirse junto al lujoso coche. Una bala pegó contra el capó, abriendo un feo surco, al tiempo que el estampido retumbaba de nuevo en la noche.

James se agazapó otra vez. Ahora ya sabía dónde estaba oculto el pistolero. El fogonazo del disparo le había delatado.

Se deslizó hasta la parte trasera del gran vehículo, donde se tendió en el suelo. Poco a poco asomó el revólver y la cabeza.

El tirador estaba oculto en el otro lado de la calle, junto a los coches, lo mismo que él. Detrás, había un enorme escaparate de una zapatería, que reflejaba la luz del farol más cercano, creando una zona en la que destacaría cualquier movimiento.

El detective esperó.

De pronto, lejos aún, empezó a oírse el agudo silbato de un guardia.

James continuó inmóvil, igual que convertido en piedra, esperando, los nervios tensos y los sentidos alerta, consciente de que su vida pendía de un tenue hilo.

El silbato se oía cada vez más próximo, y otro se le unió, procedente del lado opuesto de la calle.

Dio un vistazo por encima de su hombro. La mujer histérica

estaba ahora caída en la acera, seguramente desmayada, a juzgar por su inmovilidad.

Repentinamente, el pistolero asomó apenas la mano y realizó dos rápidos disparos, que astillaron los cristales de las ventanillas del «Cadillac».

Estaba poniéndose nervioso, sin duda.

Por un extremo de la calle, apareció un guardia trotando y soplando en su silbato. Pero llevaba su revólver de reglamento en la mano, y parecía muy dispuesto a usarlo.

El detective permaneció muy quieto, aguardando, con la esperanza de que el guardia resolviera la papeleta.

Por el otro extremo surgió inopinadamente el segundo policía, gritando algo que James Lake no entendió.

El pistolero debió comprender que estaba cazado, si no andaba listo y, levantándose de un brinco, echó a correr, disparando al mismo tiempo contra uno de los policías, que podía cerrarle el paso.

El otro se detuvo en seco. James le vio afirmar los pies en el suelo, levantar despacio su revólver y disparar una sola vez.

El pistolero fugitivo se detuvo en seco, giró sobre los talones y se estrelló de cara contra un coche aparcado, antes de caer hecho un ovillo en la acera.

Los dos guardias convergieron hacia él.

Lake se irguió, guardándose el revólver. La mujer continuaba inmóvil. No se veía a nadie más por las cercanías.

Echó a andar hacia los guardias. Uno de ellos estaba diciendo:

—¿Contra quién diablos estaría disparando este tipo?

El otro gruñó:

—Vamos a dar un vistazo a la otra acera..., quizá ha herido a alguien. ¡Eh, usted, lárguese de aquí! ¿Cree que esto es una fiesta o qué?

—Bueno, sólo quería echar un vistazo..., me pillaron los tiros en medio y...

El guardia le interrumpió con un gesto.

—¡Largo!

James Lake se encogió de hombros y, naturalmente, se largó.

Ya no le quedaba nada por hacer en Arbor City, pero estaba terriblemente intrigado por conocer a la viuda Montross, y no sólo para comprobar si era tan espectacular como se la habían descrito.

CAPÍTULO X

La mujer que abrió la puerta era una escultura sofisticada, de una belleza explosiva, en la que cada detalle de sus rotundos encantos era sabiamente realzado para causar un impacto en cualquier hombre, por ecuánime que fuera.

Lake enarcó las cejas al verla. Descaradamente, sus ojos la recorrieron de arriba abajo con detenimiento.

Ella esbozó una mueca de fastidio.

—¿Aprueba todo lo que ve? —le espetó—. Quizá quiera examinar algún detalle concreto más de cerca.

—Ésa es una gran idea, sin duda —replicó el detective—. ¿Puedo entrar?

—Por supuesto que no.

—Aquí no podemos hablar.

—Con usted, seguro que no.

Hizo ademán de cerrar la puerta. El dijo:

—Me llamo Lake, James Lake. Soy detective privado.

—¡No me diga! Usted es el fisgón que está trabajando para ésa pandilla de buitres... ¡Pase, gran hombre!

El se coló al interior, casi rozándola. Una oleada de perfume de alto precio le envolvió.

Ella cerró despacio, sin dejar de mirarle.

—¿Le mandan para hacer un trato conmigo? —quiso saber.

—He venido por mi propia cuenta y riesgo. Quería conocerla, preciosidad.

—Gracias. Ya me ha conocido. ¿Eso era todo?

—Sólo el principio.

—Oiga, dejemos las cosas bien claras por anticipado, gran hombre. La herencia es mía, sin importar a cuánto ascienda. Yo me casé con Brennan, creyendo que, cuando saliera, todos los apuros habrían terminado. Era un hombre rico, muy rico...

—¿Cómo fue que se casaron, estando ya en la cárcel?

—Eso fue cosa de él. Estaba... bueno, digamos que había perdido la brújula por mí, desde antes del proceso.

—Viéndola, no me sorprende. Así que usted se casó con él esperando embolsarse su fortuna.

—Dicho así suena muy sucio —refunfuñó la explosiva dama.

—¿Hay otro modo de decirlo?

—Yo era su esposa, eso es lo que importa.

—Bueno, sobre el papel era usted su esposa, por supuesto. Pero supo consolarse muy bien mientras esperaba que él saliera del penal.

Los ojos de la mujer centellearon.

—¿Qué está tratando de decir, gran hombre?

—Estuve en Arbor City, encanto. A las gentes les gusta hablar, si uno sabe escucharlas.

—Ya veo...

—Tuve un poco de jaleo allí, y alguien lo pasó muy mal. Pero pregunté y escuché. Usted supo encontrar un romántico amor como sustitución del puramente nominal que aguardaba entre rejas, en Yuma.

—¿Espera invalidar el testamento con eso?

—Ni siquiera se me ha ocurrido. Si uno se detiene a pensarlo con calma, usted tenía derecho a divertirse un poco, digo yo. Aunque a juzgar por lo que oí, fue algo más que un poco. ¿Quién es él, preciosa?

—¡Muérase!

—Eso no me gustaría. Hablemos en serio, Marge. ¿Está dispuesta a entablar un largo proceso, cuando los Montross invaliden el testamento?

—Iré hasta el fin.

—Le costará una fortuna..., por adelantado. Y ellos son ricos.

—¿Adónde quiere ir a parar?

—Quizá fuera preferible hacer un trato, Marge.

—Nada de tratos. Lo quiero todo... ¿Está claro, gran hombre? ¡Todo! Sé reconocer una oportunidad única, cuando la tengo ante las narices. ¿Cree que me casé con el niño bonito para que ahora su gente me quite lo que es mío?

El suspiró.

—Está bien, allá usted. Oiga, ahora que se me ocurre, ¿conocía a un sujeto llamado Red Zorba?

—No.

El captó el fugaz chispazo que pasó por los bellos ojos de la mujer.

—Me sorprende. Todo el mundo en Arbor City conocía a Zorba...

—¡Oh! Se refiere a «ése» Zorba...

—¿Le conocía?

—Tal como usted dice, todo el mundo le conoce..., es el borrachín oficial del pueblo.

—Era.

Ella se estremeció.

—¿Era?

—Alguien le voló la cabeza de un tiro.

—Está bromeando.

—Nunca bromeo con la muerte.

Ella no replicó. Se limitó a mirarle, y ahora en sus ojos había una chispa de inquietud.

De pronto, dijo:

—Necesito un trago.

—Ésa es una gran idea. Prepare otro para mí.

Le dejó solo, desapareciendo en alguna parte.

De un salto, Lake estuvo junto a un bolso que viera tirado en el fondo de un butacón. Lo abrió. El interior estaba abarrotado de chucherías, perfumes y lo que las mujeres acostumbran a almacenar en sus bolsos.

Pero había también una llave sujeta con una cadenita. Una llave nuevecita y brillante, y un diminuto cuaderno de direcciones.

Se embolsó ambas cosas, y cuando ella regresó con dos vasos, el detective estaba junto a la ventana, encendiendo un cigarrillo.

—Es más de lo que debería hacer por usted. Beba y lárguese. No puedo olvidar que está trabajando contra mis intereses.

El se volvió despacio. Sonrió.

—Es usted una mujer de grandes recursos, ¿no es cierto?

Tomó el vaso que ella le ofrecía.

Marge susurró:

—No lo sabe usted bien. Grandes recursos y grandes ideas.

Se llevó el vaso a los labios y bebió un largo sorbo.

Cuando dejó de beber, él le quitó el vaso de la mano y le entregó el suyo.

—Quizá una de sus grandes ideas haya sido quitarme de en medio con un poco de arsénico o cosa así, ¿eh?

—¿De qué está hablando?

Sin replicar, Lake apuró el resto del *whisky* que quedaba en el vaso de la mujer. Ésta se echó a reír.

—Usted sería capaz de estropear incluso una cita en la cama. Apuesto que primero miraría debajo, en los armarios y en las mesillas de noche... ¡Qué risa!

Se llevó el vaso a los labios, y lo apuró sin respirar. Después dijo:

—Y era su *whisky*, fisgón.

El detective meneó la cabeza.

—Creo que metí la pata, como suele decirse. Lo siento porque es un buen *whisky*. Ya nos veremos, Marge.

—Cuando eso suceda, llámeme señora Montross. Es mi nombre legal, por si lo ha olvidado.

El salió y cerró suavemente a sus espaldas.

Anduvo acera abajo hasta encontrar un bar, al que entró, sentándose en un extremo del mostrador. Sacó la pequeña libreta de direcciones, y comenzó a revisarla hoja por hoja.

No encontró nada que le sirviera. Volvió a empezar. Había teléfonos y señas de hombres y mujeres, tanto de Arbor City como de la ciudad, pero nada de anotaciones extrañas o llamativas.

Hasta que vio el nombre y una indicación:

«Rheinfeld, Bienes Raíces»

La anotación era muy reciente.

Quizá allí hubiera algo. No comprendía qué negocios de Bienes Raíces podía tener la espectacular señora Montross en la ciudad. Si hubiera sido una dirección de Arbor City, la cosa no tendría mayor importancia, pero...

Un taxi le llevó en unos minutos a la oficina del agente.

Una tenaz esgrima verbal, y obtuvo una dirección. La dirección de un apartamento recién alquilado por el señor y la señora Oakley,

pero las señas de la cual señora correspondían como un guante con las de Marge.

Salió a escape porque estaba muy intrigado por la identidad del señor Oakley...

CAPÍTULO XI

La brillante llavecita giró suavemente en la cerradura, y la puerta se abrió.

El interior estaba sumido en penumbra, a causa de que las cortinas estaban corridas cubriendo las ventanas.

Lake entró, pisando como un gato. Cerró la puerta a sus espaldas y escuchó.

Nada.

Aquello, si se equivocaba y era sorprendido, podía costarle la licencia. Este pensamiento puso escalofríos en su piel, pero siguió avanzando.

Una puerta abierta le atrajo poderosamente. Atisbo por ella.

Daba a un dormitorio, también sumido en penumbra. Pero no tanto que no pudiera ver la forma de un hombre tendido sobre el lecho.

Contuvo la respiración, y siguió adelante hasta detenerse junto a la cama.

El hombre ya no despertaría jamás. Tenía un pequeño orificio en un lado de la cabeza, que apenas había sangrado. La bala, a pesar de su pequeño calibre, debió hacer trizas el cerebro, matándole instantáneamente.

El detective escrutó las juveniles facciones del muerto.

Éste había sido un hombre de unos veinticinco años a lo sumo. Su rostro afilado, de mentón débil, tenía cierto encanto varonil, a pesar de todo. Sus labios sensuales estaban ahora rígidos, tan blancos como el resto de la cara.

James Lake se irguió poco a poco, con una extraña sensación en todo el cuerpo, algo como una garra de hielo deslizándose arriba y abajo de su espalda.

Notaba un vacío en el estómago, semejante al vértigo, mientras sus ojos no se apartaban de aquella cara, aquella cara imposible...

Porque era la cara de alguien muerto mucho antes, asesinado bárbaramente en una celda del penal de Yuma, hacía ya días. Alguien que ya estaba incluso enterrado.

Era la cara de Brennan Montross.

—¡Qué estúpido he sido! —musitó entre dientes.

Recordaba perfectamente aquel rostro. Era el mismo cuya fotografía viera en poder de Luzy.

Junto al lecho había una cartera de mano. Protegiéndose los dedos con un pañuelo, la abrió.

Contenía unos trozos de hilo de cobre, un cartucho de dinamita y un juego de herramientas nuevas. Lo que había quedado después de armar la bomba que voló su coche, aunque era asombroso que el tipo hubiese utilizado cartuchos de ese tipo, tan inseguros.

Se irguió. Notaba el sudor bajarle por la frente. Ahora todo estaba claro. O casi claro, por lo menos.

—Muchacho —gruñó a media voz—, te pasaste de listo.

—Usted también, gran hombre —dijo la suave voz a sus espaldas.

Se quedó rígido unos instantes. La voz advirtió:

—Vuélvase despacio y con las manos en alto, gran hombre. Tiene una pistola apuntándole, y le aseguro que no me tiembla el pulso.

—De eso estoy seguro.

Se volvió. Marge estaba allí, apuntándole con una pequeña pistola automática.

El sonrió forzadamente.

—Debí pensar que echaría en falta la llave y la libreta...

—En cuanto tomé el bolso, lo advertí. Por eso vine. Usted se ha convertido en un buen dolor de cabeza, fisgón.

—¡Qué le parece! Un dolor de cabeza..., ¿qué cree que es usted para mí?

—Algo más contundente. Llevarle a él hasta el coche, en la madrugada, era posible..., pero usted es un hombrón, al que no podré arrastrar siquiera.

—Todo un problema, ciertamente.

—Ya pensaré algo —dijo Marge, casi amablemente—. De todos modos, no puedo hacer otra cosa que matarle.

—¿Con ese juguete?

—Mire al gran Brennan. El está muerto.

—Bueno, le disparó mientras dormía. Pudo afinar bien el tiro.

—A esa distancia, voy a demostrarle que puedo acertar también.

—Acertarme, sí, pero no podrá detenerme. Se necesita por lo menos un «38» para abatir a un hombre corpulento como yo, con un solo tiro.

Ella titubeó.

—De todos modos, aquí hay cinco balas, no una —dijo.

Y apretó el gatillo.

Lake dio un brinco y la pequeña bala le rozó la cadera, produciéndole una sensación de quemadura. Un segundo después, estaba cayendo sobre la mujer, como lanzado por una catapulta.

Los dos rodaron sobre la alfombra. Ella gritó, llena de ira, y volvió a disparar. La bala arrancó estuco en el techo.

El detective soltó un juramento. Su puño, como una roca, se estrelló contra la mandíbula de Marge, que sonó igual que algo frágil al romperse, y la lucha terminó.

Marge quedó inerte en el suelo, respirando entrecortadamente.

Lake se pasó el pañuelo por la cara. Estaba sudando, y el vacío en el estómago se había acentuado.

Estuvo un rato mirando a la mujer. Después, recogió la pequeña pistola, fue al teléfono, lo descolgó y marcó el número de la policía.

Estaban todos allí: el abogado Runstead, la vieja señora Montross y sus hijas, dos policías de paisano y el teniente Fry, que no parecía muy satisfecho.

En una butaca, hundida en ella, Marge mantenía la mirada perdida en un punto lejano, con el rostro contorsionado por el dolor, la rabia y la frustración.

El teniente gruñó:

—Es una historia de locos, se mire por donde se mire.

—Pero es la verdad, Fry. Debí haber pensado en ello mucho antes, pero todo se confabuló para favorecer a ese par de... Bueno, a esa pareja. Incluso la bárbara muerte del supuesto Brennan en el penal de Yuma. El asesino le trituró materialmente la cabeza a golpes.

—Y el tipo era Peter Garay, ¿eh?

—Sin ninguna duda. Ahora estoy seguro, lo sé.

De pronto, la vieja señora Montross dijo con voz neutra:

—Fue cosa de mi marido, teniente.

—Así que lo reconoce.

—¿Qué importa ya? Yo sabía que eso no podía resultar, pero él era implacable. Nadie podía contradecirle en nada... Juró que su hijo no pisaría una cárcel, y le ayudó a huir, aunque sabía que no podría estar huyendo toda la vida. Entonces se fijó en que el chófer tenía la misma estatura y constitución que nuestro hijo, y eso le dio la idea.

—Es increíble que le saliera bien...

—No... El dijo a la policía que Brennan se entregaría, pero no en la ciudad, sino en otro lugar, lejos, donde pudiera ser juzgado imparcialmente, y no hubiera la desorbitada publicidad que hay aquí...

—Eso lo recuerdo perfectamente.

—Apenas hubo periodistas en el proceso, cuando se celebró. Y las pocas fotografías que pudieron sacar, no muestran nunca la cara del acusado..., siempre pudo cubrirse a tiempo el rostro. Todo el mundo creyó entonces que mi esposo había dispuesto las cosas de ese modo, moviendo todas sus influencias, únicamente para evitar mayor escándalo. La realidad es que se burló de todo el mundo..., y se salió con la suya, como había hecho toda su vida.

—Y su hijo se fue a vivir a Arbor City, con nombre supuesto...

—Así fue...

—Pero ¿y la boda? —estalló Fry.

—Eso es fácil de comprender —intervino Lake—. Había que atar todos los cabos. El viejo Montross podía morir antes de que su hijo estuviera libre, ¿comprende? Aunque quién estaba en la cárcel era otro, si el viejo moría, el verdadero Brennan no podría presentarse a reclamar su herencia..., el total de la fortuna. Idearon la comedia de esa boda para que pudiera haber un testamento a favor de la «esposa», y de este modo, cubrían todas las posibilidades, puesto que si quien moría era Peter Garay durante su estancia en el penal, las autoridades darían por muerto a Brennan. De cualquier modo, la fortuna iría a parar a sus manos. Así, el viejo se dio el enorme gustazo de burlar a todo el mundo, incluyendo a la policía.

—Siempre lo había hecho —suspiró la viuda.

—Sólo que se equivocó al elegir a la flamante esposa... Marge es una mujer con ideas propias, teniente. Ella y Brennan trataron de

liquidarme a mí, cuando vieron que estaba llegando demasiado cerca de la verdad. Fracasaron en cada ocasión. Entonces, quien debía desaparecer era el propio Brennan. ¿No había muerto ya en la prisión? Entonces, todo arreglado, según la manera de verlo de Marge. La fortuna iría a sus manos únicamente. Todo lo que tenía que hacer era matar a Brennan, cosa que hizo, y hacer desaparecer el cadáver.

—Ahí estaba el escollo —rezongó el policía.

—Ningún escollo. Brennan era delgado, débil, no pesaba mucho. Hubiera podido llevarlo hasta el coche y luego a la costa..., hay peces muy voraces en el mar, que desfiguran un cuerpo humano en cuestión de minutos.

—Ya veo...

—¿Era así como pensabas hacerlo, Marge?

Ella le miró como si no le viera, y ni siquiera replicó.

Fry dijo:

—Bien, la cosa levantará una polvareda de todos los diablos, cuando los periódicos sepan la verdad. Gracias por su colaboración, Lake.

—Olvídalo. Estaba ganándome el dinero, al hacer este trabajo.

El abogado no pudo contener una mueca.

—Habrán de prestar declaración todos ustedes —dispuso Fry, ceñudo—. El fiscal querrá también interrogarles. ¿Cuándo cree que podrán estar en mi oficina, señor Runstead?

El abogado dijo secamente:

—Toda esa familia ha sufrido unos golpes muy rudos en pocos días, teniente. Creo que mañana por la mañana, será lo más pronto posible.

—No tengo prisa. El caso está prácticamente resuelto, así que ahora se trata de simple rutina. Ustedes, llévense a esta pájara de aquí.

Los dos policías arrancaron materialmente a Marge de su butaca, y en volandas, la condujeron hacia la puerta.

Cuando hubieron desaparecido, James Lake gruñó:

—Yo también me voy, Fry. Firmaré una declaración cuando lo dispongas.

—Cuanto antes, mejor.

Luzy se deslizó hacia la puerta, cerrándole el paso.

—¿Puedes acompañarme a casa, James? —susurró.

—Ahora no..., tengo una cita importante, nena.

—¿Una cita?

Sonriendo, él asintió.

—De negocios —puntualizó—. Se trata de alguien que acostumbra a proporcionarme clientes importantes, tú sabes... Ya te veré.

Ella apretó los labios. Supo que no volvería a verlo nunca más. Por lo menos, no del modo como ella ansiaba.

Lake tomó un taxi, y le dio la dirección de Laurie. En cierto modo, no había mentido. Iba al encuentro de alguien que le proporcionaba algún que otro cliente...

¿No había sido un cliente Edith Garay?

Pegó un respingo, al recordar a aquella mujer. Alguien debería decirle que ya no debía esperar a su esposo..., que Peter Garay no regresaría jamás, porque los muertos no vuelven.

Pero eso podía esperar.

Laurie, no.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.200 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 10 PTAS.

Impreso en España

